CENIT

sociología — ciencia — literatura

Sumario

Plácido Bravo: Decir verdades mintiendo.

Albano Rosell: Paul Robin.

F. Ocaña: De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días.

Campio Carpio: La puerta de oro del mundo.

Cosmos: Fluorescencias.

Dr. A. Poch: Amor y cirios.

Puyol: El portugués.

H. Ryner: Han Ryner por él mismo.

Cosme Paules: La paz del hombre.

Hem Day: De Don Quijote al Padre Diógenes.

M. Celma: La vida y los libros.

M. C.: El universo de Alaiz.

Denis: El muerto.

Opiniones de Samblancat sobre la mística española.

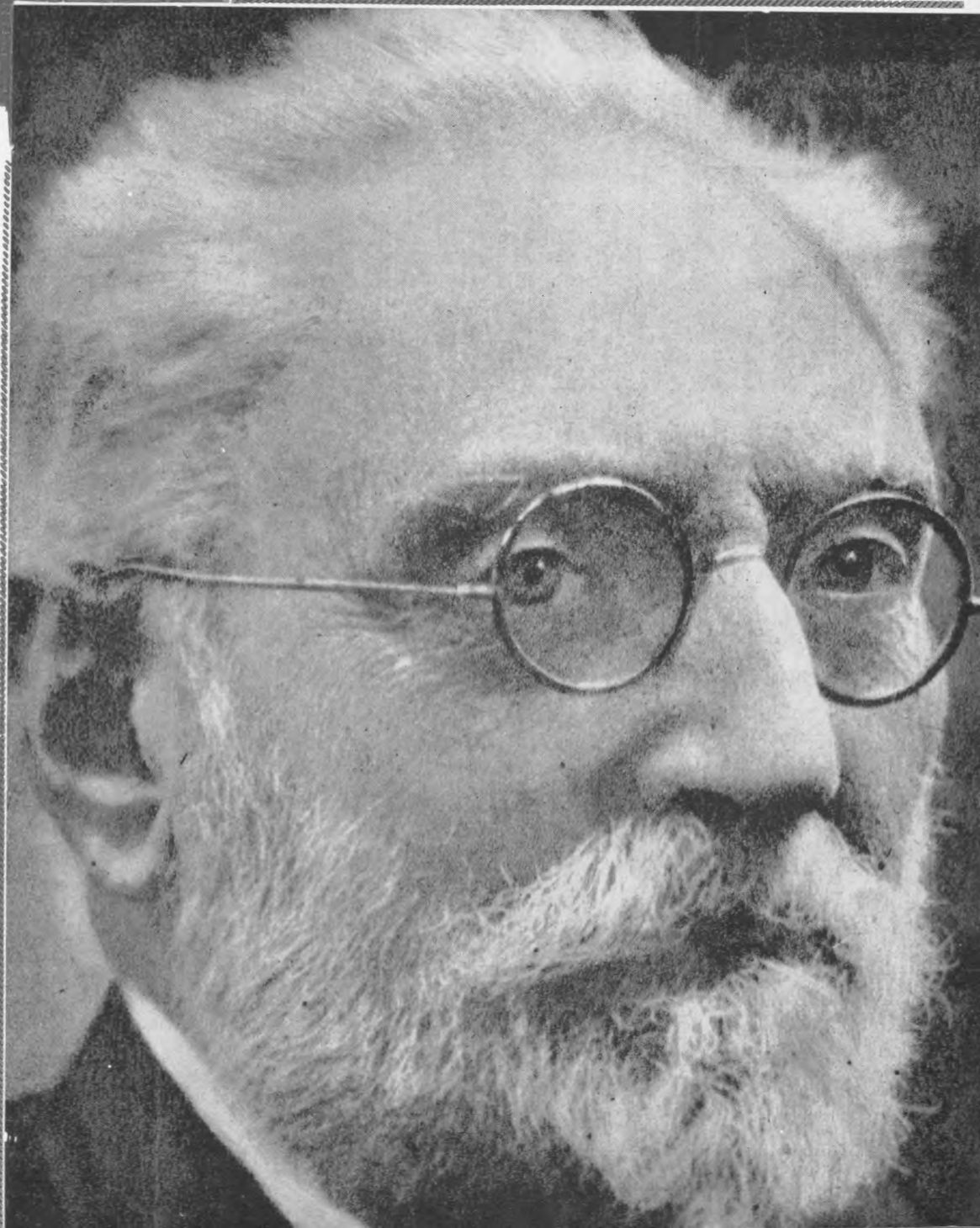
Iber Sisifo: Como toro de lidia.

149

MAYO - 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 100 F.



NUESTRA PORTADA

Miguel de Unamuno

El film «Mourir à Madrid», tan discutido, actualiza de nuevo la contradictoria e interesante figura de D. Miguel de Unamuno.

Unamuno no fue un revolucionario. Fue muchas veces anti-obrerista e incluso anti-cenetista. No fue anti-anarquista, porque él mismo reconocía que había en él una buena dosis de «anarquismo intelectual».

Pero fue ante todo un inquieto, un inconformista, un hombre independiente. Y que lo fue, lo demostró como pocos hombres supieron demostrarlo en los días trágicos de 1936 y **bajo la bota fascista.** Porque cuando tantos intelectuales, cogidos entre dos fuegos, se pasaron al franquismo o contemporizaron con él; cuando tantos renegaron y se adaptaron, D. Miguel supo dar la mayor lección de entereza y de dignidad que se ha dado en España.

No hay nadie, espectador indiferente o deseoso de documentarse, que no sienta sobrecogerse su alma, cuando «Mourir à Madrid» evoca las palabras de Unamuno pronunciadas el día de la Fiesta de la Raza, frente a Millán Astray, en presencia de la mujer de Franco y de todos los altos jefes del Ejército, de la Falange y dignitarios de la Iglesia.

Y su última frase: «Triunfaréis, porque tenéis más fuerza de la necesaria para conseguirlo, pero no convenceréis, porque os falta la razón», es la más definitiva condenación del franquismo, pronunciada ya en 1936, y allí, en Salamanca, en las mismas fauces del monstruo.

Pocas semanas sobrevivió Unamuno a esa escena patética. Pero así aún es más ejemplar su gesto y tiene más fuerza de símbolo su muerte.

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.
Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.
Número suelto, 1 NF.
Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.
Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII — Toulouse, Mayo 1963 — Nº 149

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS - Monte Esquinza, 30-3.º dcha. - MADRID-4

Decir verdades mintiendo

Por haber leido a Quevedo en su «Sueños», estoy a estas horas algo despierto.

Hoy he vuelto a releerlos. Y a estas altas horas nocherniegas, debido a ellos, encuéntrome en vela y en vilo. Podria recomendaros su sabrosa prosa o sus agudos versos, y quedarme tan tranquilo, seguro de haber ganado el tiempo.

Mas mi carnet se quedaria en blanco y preciso ennegrecerlo, aunque sea con borrones o pálidos reflejos quevedeños.

Mentir, valiéndose de la verdad, habrá quien crea que es el distintivo de nuestros tiempos. No, ni siquiera tal originalidad podemos reclamar, esto tiene origenes remotos; nosotros, a lo sumo, podemos recabar cierto progreso en el arte de la ficción o del disimulo.

Gentes que se visten con trajes de gala, con festones que cuelgan y galones que adornan, siempre los hubo. Y quien sabe si, a la postre, no es la mejor manera de desnudarse ante los linces. Pues que no mostrando lo que se quiere ocultar sino exhibiendo afanosamente aquello que interesa que se vea, es una muestra que mucho demuestra.

Se es inocente cuando se miente con sencillez, sin pretenderle dar visos de veracidad; y culpable, en sumo grado, si la verdad más pura se expresa sin recato o con ayuda del subterfugio. Es la peor de las falsías. No en sí misma, lo es gracias al desparpajo de quienes la citan, en boca de los que la explican.

Burlarse de lo que otros veneran, o despecharse contra aquello que para los demás es objeto de inofensiva adoración, quizá, en el fondo, sea la demostración palpable, aunque nunca plausible, de nuestras inconfesadas devociones. Y la idolatría no tiene cara y cruz, dos pesos y dos medidas.

El que es capaz de largas caminatas para visitar el Santo Sepulcro, como el que dispuesto está para seguir la comitiva fúnebre del héroe popular y caído y pasarse el día al intemperie, son dos peregrinos.

Y menos mal si su fe es la verdad sentida. Lo repudiable es aquello de adorar al santo para luego largarse con la limosna que otros dieran.

El sacerdote que en su suntuoso templo predica templanza entre sus fieles, llega inclusive a cantar loas a la consentida pobreza —lo que no impide que arremeta furioso contra los infieles y se arrastre ante la riqueza—, tiene un parecido casi idéntico al de aquel diputado ateo que induciendo a las multitudes a la quema de conventos, a derruir templos de barro o de piedra roqueña, preparaba el zócalo de su propio monumento, y pide luego suscriban en la lista de donativos sus esquilmados adeptos.

Sin cuidado deben tenernos las lágrimas inútiles a veces necesarias al desahogo de nuestros tormentos, aunque sean para ídolos celestes o terrenos; más preocupados, los lloriqueos al son, compás y diapasón de la amargura ajena.

Porque hoy la sonrisa es de moda. Y aún el mejor modo de hacerse amante dichosa. Las hay que son invite y burla a la vez; seductoras que implican odio o complicidad. La ramera fina ya no guiña el ojo al adolescente errante, entreabre sus labios que es tanto como mostrar sus agudos dientes. Sonrisas que son muecas, ninguna digna de ser tomada en serio.

Encontraréis quien elogie vuestros gustos para después darse el suyo a expensas vuestras; quien agudice vuestros apetitos para saciar su voracidad(haciendo de vosotros delicado bocado para su festín; quien excite vuestro incipiente heroismo para adueñarse cobardemente de vuestras conquistas o despojos; en fin. quien intente, sólo un instante, hacer aquello que él sabe que os tienta, para que sedis vosotros quienes lo hagan y quienes lo paguen, y él lo cobre y a él sólo satisfaga.

Todo ello porque el disfraz es de rigor en estos siglos de comedia intensa; y es al caer el telón, en el camerino, entre bastidores, en la trastienda, cuando caen la máscaras y empieza la vida sin afeites, es entonces cuando la vida aparece con toda su tragedia.

Muchos hay que lo que dicen no es forzosamente lo que piensan, ni lo que hacen, aquello que desean e intentan. Mienten escudándose en la verdad, y es tarea ingrata el desenmascarar tanto demagogo. Y ¿si en lugar de levantar caretas nos dedicáramo a abrir los ojos de los espectadores somnolientos?

Porque en verdad, ¡ni aun caídas aciertan a verlas¡.

P. BRAVO

Precursores de la educación

Paul Robín

por Albano ROSELL

DESTACAR características y modalidades de teorías educativas por el solo intento de una copia servil, sería ingenuo. No vamos, pues, al estudiar la cierta importancia que pueden tener en la actualidad las innovaciones y planes educativos de diferentes personas y en medios diversos, a caer en la pretensión de que pueden adoptarse y aplicarse sin la adaptación al medio y sin tener en cuenta las condiciones indispensables del educador, su vocación, sus posibilidades, su comprensión y voluntad para tan elevada y digna misión, lo mismo que el ambiente escolar, la calidad de los educandos, los hogares de que proceden, su estado social, económico y el radio de acción en que se mueven, ya que todo ello es indispensable para un eficaz resultado.

En todas las generaciones ha habido seres que han buscado en la formación del futuro ser social, los elementos esenciales para llegar a una organización humana más perfecta y digna, logrando la materia prima para ello por la consecución del ser perfecto, o perfectible cuando menos, y digno.

Desde Pitágoras a Quintiliano; desde Rabelais a Bacón; desde Comenius a Rousseau, y más adelante, desde Preyer a Herbart o desde Spencer a Sarmiento y Varela, cuéntanse por centenares los que aportaron al problema educativo con vistas a la perfección del hombre del porvenir, sus luces, sus iniciativas, sus principios y experimentos bien dignos de tenerse en cuenta.

Y cuando se ha pretendido ensayar tal o cual táctica sistematizándola o dogmatizándola, es cuando se ha fracasado o, al menos, no se ha conseguido el éxito buscado, debido a que se ha olvidado la importancia del sujeto creador y luego la de la materia prima, o sea el niño, el medio, la vocación y los muchos factores que inciden en toda obra sacada de su ambiente, de su origen y de sus gestores mismos, que fueron el alma mater de la obra.

Luego, los métodos, los sistemas, las generalizaciones sin el trabajo de pulimentación y de acomodamiento al lugar, producen los menguados resultados, igual a lo que vemos en los programas, reglamentos y dictados de enseñanzas generales en los sistemas actuales, por cuanto no se tiene en cuenta la diferencia que existe entre un alumnado procedente de medios industriales o de zonas campesinas, los de sectores aristocráticos o residenciales y los de sectores fabriles, portuarios, comerciales, etc., debiendo en cada caso, el educador, ceñirse a tales medios, a tales ambientes, a tales clases y aun al género de vida, condición y trato del alumno en cada hogar o familia, siempre que no se trate de una colonia estable.

Es a base de tales consideraciones que, al señalar lo que hayan hecho y creado los precursores a que voy a referirme, no es con el propósito de que se ensaye una copia servil o calcada, sino de que el elemento educador voluntario y capaz, recoja los principios generales y saque las deducciones o resultados para su medio, si ello puede serle de algún provecho en su labor de apóstol de la educación racional y libre de la infancia.

Paul Robin merece ser conocido y apreciado por su dedicación a las criaturas, por su aplicación a normas humanas y racionales en su conducción, y es por ello que estimo merece un lugar en la labor cultural de esta institución.

Nació en 1837. De joven estudió farmacia, si bien que sus inclinaciones se dirigieron al profesorado, por lo que al salir de la Escuela Normal, fué profesor de Ciencias Físicas y Nanturales en Brest, la ciudad marítima francesa; no obstante el joven vivaz y de espíritu selecto que alentaba en él, no pudo conformarse con la función de dómine sujeto a la pasividad encuadrada en unos programas y unos reglamentos que poco dejaban a la iniciativa propia. Se dispone a actuar en la lucha del momento tendente a la difusión de las reivindicaciones proletarias y es así que forma parte del Consejo Belga de la Internacional de los Trabajadores, y luego en Londres integra el Consejo General de dicha asociación. Perseguido por sus propagandas, desterrado, tuvo que buscar el sustento mediante el trabajo y es entonces cuando colabora valiosamente en el Diccionario Pedagógico de Fernando Berissou, para ganar luego el sargo de inspector de Primera Enseñanza en Blois, Francia, puesto que ocupa hasta que se le ofrece la dirección del Orgelinato de Cempuis (Seine-et-Oise).

En el informe que E. Faillet, consejero general de dicho Orfelinato, leyera en 1894, se consigna :

Mr. Prevost quería una educación laica y lo más conforme a las exigencias de la vida moderna, teniendo por base no algunos conocimientos, sino un conjunto, una sinopsis, con el fin de que, en la profesión por ellos elegida, los jóvenes al llegar a los 16 años y entrar en la vida activa posean nociones generales. Pero añadía es cuestión de hallar el intérprete de este pensamiento bastante audaz. El director general de la Enseñanza Primaria propone en el Consejo a Paul Robin : « Sin duda, con sus 25 años de experiencia pedagógica, con sus ideas nuevas atrevidas, con su ardiente tenacidad de apóstol, es Robin quien nos hace falta ». Luego el Consejo del Orgelinato trata de proporcionar los elementos y recursos necesarios para su feliz desenvolvimiento y la realización de la obra proyectada, pero como suele ocurrir en tales casos, no siempre se consigue con la amplitud y diligencia deseables.

Y Robín se entrega de lleno a su tarea, procurando que sus colaboradores participen de su anhelo, si bien los elementos retardatarios y misoneístas que no faltan en el Consejo y entre el personal del Orfelinato, esperan la oportunidad de vencerle y retornar la vigilancia y cuidado del alumnado que se les escapaba de las manos al dejarlo bajo la dirección de un hombre laico, visionario, renovador de las corrientes rutinarias y dogmáticas de antes. No olvidemos que, precisamente se dibujaba en la Francia de la Enciclopedia y de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, postulados jamás puestos en práctica, una corriente ultramontana a la que hubo de ceder el ministro de Instrucción Pública, M. Combes, del Gabinete Valdeck-Rousseau, que no pudo lograr la realidad de lo laico ante lo confesional de la Escuela francesa.

La coeducación o enseñanza mixta implantada en el Orfelinato por Robín, recibe el impulso requerido mediante los propósitos de educación integral, completa, con métodos racionales y científicos que no daban lugar a la intromisión de dogmas ni creencias en contradicción con la ciencia y los progresos de todos los órdenes, así como con los descubrimientos astronómicos, geológicos, paleontológicos y cuanto se oponía a las metafísicas cómodas y plausibles de ciertos organismos que intentaban influir y regir en aquel centro de formación infantil. La experimentación, la observación, el análisis de todo lo que le permitiera, serían la base de conocimientos y de una manera práctica, real, positiva, dejando a los libros su escueta función de auxiliares. Luego las clases al aire libre siempre que el tiempo lo permitiera, para llegar a la conclusión de que « el hombre es un cerebro que piensa y una mano que ejecuta », que es lo que corresponde al hombre moderno.

Surgen en seguida las calumnias, cosa normal en ciertos medios, pero también los defensores del progreso, y en este caso del sistema coeducativo, demasiado fuerte para mogigatos retardatarios, los que supieron repeler la agresión y defender al hombre que se quiso mancillar para destruir su obra.

« El Orfelinato de Cempuis — exclama M. Rouselle — no es un establecimiento cerrado. Los periódicos más importantes de pedagogía han estudiado y hecho conocer, rindiéndole el mayor homenaje, el programa seguido por el señor Robín, director del Orfelinato. Educadores de todas las naciones llegan a Cempuis deseosos de conocer los medios imaginados y aplicados por el señor Robín, y todos felicitan al hombre honesto por los maravillosos resultados obtenidos. Dentro de poco, el señor Robín va a dictar un curso pedagógico acerca de su método, y sus adversarios podrán darse cuenta de la excelencia de este método, y se verán obligados a poner fin a su campaña de calumnias de supuestos injuriosos y criminales.»

« Los que ultrajan a las criaturas, son unos miserables. Los que babean contra Robín, son unos cobardes. Saben bien que no puede responder debido a las funciones mismas que ejerce; está obligado a soportar en silencio todas las iniquidades. Le rindo aquí un supremo homenaje : supo, con todo y las diversas infamias lanzadas sobre él, continuar con el cumplimiento del deber, proseguir esta obra admirable por él creada, de la educación en común de las criaturas de ambos sexosá que no es promiscuidad y notadlo bien, no pudiendo decirse ciertamente lo mismo de otros establecimientos que no quiero nombrar... », a lo que el señor Lampie respondió : « Y que, para el escándalo no es necesaria la promiscuidad de los sexos; basta con una... »

Por el tono en que se expresaban esos señores miembros de la Comisión, déjase ver cuáles fueron los enemigos de la coeducación laica en el Orfelinato. Otro de los miembros del Consejo, luego, M. Faillet, agregó :

« ¿Quién y qué es el señor Robin? Un sabio cuyo nombre significa enciclopedia; un padre de familia cuya vida es modelo de virtudes y abnegación que, durante 25 años, dióse a la tarea de estudiar y luego establecer en Francia la enseñanza integral. Tanto cuanto os dedicaréis, señores derechistas, a cubrirle de insultos, tanto más se agrandará la estimación de la villa de París y del departamento del Sena. Digámoslo para gloria de París y departamento, es París y el departamento los que comprendieron la admirable labor de la enseñanza integral, esto es, la enseñanza que tiene por objeto el desenvolvimiento de todas las facultades y todas las aptitudes de las criaturas de ambos sexos de tal manera que ellos devengan trabajadores inteligentes, conscientes, capaces, y ellas mujeres aptas de comportarse en la vida, buenas madres de familia y educadoras capaces. Ello es el problema del educador democrático en camino de solución. »

Por lo expuesto, vemos un principio de lo que entendía por educación integral Paul Robín, su fundador, del mismo modo que podemos percibir la lucha tremenda que tuvo que soportar durante catorce años en el Orfelinato, pues ultramontanos y retardatarios enemigos del laicismo y de la enseñanza basada en la razón y en la ciencia, no cejaron un momento en su empeñosa tarea de

La sicología y la conducta humana

De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días

Lo doloroso es, que los médicos, no llegando a comprender que a las gemelas las paralizaba su anormal situación emocional interpretaron su obediencia, su docilidad, como señal de que podían seguir el plan psicoterapéutico que habían trazado. No pensaron que sus casos, más que otros, exigían un previo tratamiento : contrariar, lo menos posible, su habitual forma de vivir, tenerlas en observación y estudiarlas, el tiempo necesario, para luego establecer, sin prisas, el tratamiento psiquiátrico que convenía aplicarles, sujeto a los cambios que exigieran las reacciones psíquicas y mentales de las pacientes. Separarlas fue tratarlas sin haber averiguado antes si podía o no perjudicarlas, hacerles el daño irreparable que las hizo. La aparente inocente acción de colocarlas, desde el primer instante que se internaron, en salas distintas significó su perdición.

Es seguro que en las pacientes precitadas predominaba también la idea, tan generalizada, de que los médicos saben curarlo todo, y no tenían por qué dar opinión sobre la evolución de sus enfermedades, para no hacer el ridículo, sin pensar que a veces pueden equivocar los diagnósticos, porque los enfermos callan ciertos síntomas, los exageran o falsean inconscientemente cometiendo una torpeza difícil de comprender y de ser explicada. Bien que el enfermo confíe en el médico, en el hombre que por haber estudiado una rama determinada de la Medicina es más capaz de curarlo, pero conviene que aquél sepa — que lo sepan todos los pacientes — que sabe mejor que el médico qué siente y padece realmente, en determinada parte de su cuerpo.

Constatamos que en Betty y Bobbie las fuerzas incorpóreas actuaron destructivamente. Felizmente éstas van siendo estudiadas por la Parapsicología, nueva ciencia que casi acaba de nacer como rama de la Psicología. Y desde que vio la luz, sin proponérselo, hace perder más y más terreno a los religiosos, metafísicos, espiritualistas y a los llamados espiritistas al empezar a explicar, científicamente, los fenómenos que están fuera de nuestra alma individual, como dicen aquéllos. Esa es su terminología, pero aclaramos, en seguida, que eso quiere decir también, etimológicamente, la palabra parapsicología. La Psicología científica la ha adoptado y va obteniendo, rápidamente, mayor precisión en los trabajos de investigación y verificación de los fenómenos incorpóreos que, en realidad, no son tales porque actúan como fuerzas.

La Parapsicología es ciencia que está contribuyendo a eliminar a los vividores a costa de la ignorancia de gran número de personas a las que pretenden hacer creer la existencia de lo sobrenatural,

---

adueñarse del establecimiento que era una luz, para amortiguar sus resplandores.

¿Qué entiende Robín por educación integral? Veámoslo : « Eliminación de la fórmula de los factores imaginativos, la ciencia considera al ser humano como un conjunto solidario que comprende órganos, energías, facultades de diversos órdenes, cuyas múltiples actividades se integran en el conjunto de actos físicos, intelectuales y pasionales que son la vida. Estos elementos pueden concebirse de naturaleza diferente como si cada uno tuviese el límite más elevado de su desenvolvimiento normal, coordinándose al mismo tiempo, equilibrándose y concordando en perfecta armonía; es el ideal científico, el tipo del hombre resumiendo todas las condiciones de perfección y bienestar. Realizar este ideal en sí mismo, acercándosele lo más posible, es toda la moral. Trabajar para reproducirlo en otros, es toda la educación.

La infinita complejidad de las ciencias, de las artes, de las industrias modernas, exige a cuantos quieran poseer cierto grado de perfección en una esfera determinada, se especialicen en un orden de estudio o de aprendizaje; por otra parte, el individuo, en el gran cuerpo social del cual es órgano, vese obligado a adaptarse a una determinada función. Esta necesidad de la división del trabajo puede ser una condición de progreso y bienestar tanto para el individuo como para la sociedad... »

Si el tiempo lo permitiera, mucho más nos extenderíamos siguiendo la exposición de su doctrina, que quiso realizar en el Orfelinato, que al fin tuvo que dejar para responder en un escandaloso proceso, en el que, si bien se descubrió toda la armazón del tinglado innoble de que se valieron para vencerle, no se logró que retornara al cargo cansado de soportar villanías que obstaculizaban su labor.

No por ello aminoraron sus bríos, y vémosle actuar en agrupaciones donde se ponían de manifiesto los males sociales, hasta que, estimándose gravoso a la sociedad y poco útil o ya gastado para la propaganda del bien, prefirió eliminarse, ofreciendo su cuerpo a la ciencia por si podía ser objeto de estudios y conclusiones que fueran beneficiosas a los vivientes.

Era en noviembre de 1912, cumplidos los setenta y cinco años.

Su obra intelectual, dispersa en revistas, folletos, discursos en congresos de diversa índole, esperan al editor capaz de reunirla y ordenarla, para ofrecerla a los estudiosos que aspiren a la formación de un acervo propio en su vocación de educadores de la infancia, los hombres del porvenir.

de espíritus o de almas que quedan fuera de los cuerpos, de reencarnación, etc., etc., ideas que inventaron sin poder probarlas materialmente a sabiendas de que son supercherías. Esta ciencia está poniendo en la picota, desenmascarándolos, a toda clase de «supercheros», con sotana o no, incluyendo a los que se hacen pasar por mediums con condiciones para comunicarse con los espíritus.

Recientemente el doctor Alberto Algazi, secretario del Instituto Mexicano de Investigaciones Psíquicas hizo públicas algunas nociones sobre la precitada nueva ciencia. Manifestó : «La materia es eterna, infinita y variable en sus elementos; lo que existe se mezcla y se separa; se confunde y se distingue. Existen estados de materia tan sutiles, que resultan para nosotros incorpóreos; a esos estados se los llama fuerzas. Si logramos canalizar esas fuerzas para ayudar a dirigir correctamente la conducta humana de los individuos, habremos hecho un gran bien a la humanidad. Lo importante es controlar esa sfuerzas aunque los factores exteriores se muestren en contrario.»

La conclusión es obvia : a un mayor dominio de las fuerzas endógenas, físicas y psicológicas, conscientes o inconscientes, incluyendo las llamadas incorpóreas, corresponderá un mayor bien para el hombre y la sociedad.

Por otra parte, los métodos psicoterapéuticos han de basarse, fundamentalmente, en tratamientos preventivos inocuos, de previa investigación que nos acerque al mayor conocimiento del sujeto, de cada paciente independiente de otro, en la particular forma de vivir su vida y después tratarlo, con cariño y comprensión, usando, en grado superlativo, la paciencia, la sugestión — hasta la hipnótica si es preciso — y la persuasión.

Hemos comprobado cómo se influyeron mutuamente tres esquizofrénicos, pertenecientes a distintas familias, en sentido psicológico positivo, curándose, como asimismo nos enteramos del éxito del caso de Londres; opuestamente, con resultados negativos, sabemos cómo y por qué murió Marilyn Monroe, pese al tratamiento psiquiátrico agobiada por las alteraciones emocionales, por las ansiedades y las angustias y por última brutal tensión psicológica del medio social, que no pudo resistir al faltarle el apoyo moral de familiares y amigos.

Las experiencias nos van señalando cuán importantes y decisivos son los factores afectivos, morales, sociales y psicológicos en general, tanto para evitar enfermedades mentales — y físicas — o prevenirlas, como para curarlas. Entre millones de ejemplos los de Roberto Schumann y Vatzlav Nijinsky prueban que fueron, grandemente, víctimas de la ignorancia y falta de decisión de sus familias, lo mismo que las gemelas Bobbie y Betty que, además, recibiendo tardío e inadecuado tratamiento psiquiátrico perecieron en abril de 1962, repetimos, por accidental «suicidio psicológico», por mal control y uso de las fuerzas incorpóreas, en la plenitud de su desarrollo orgánico. Lo psicológico destruyó su ser fisiológico y biológico. Aun en sentido negativo ¿qué fue lo superior? Ni los instintos vitales primarios de defensa pudieron hacer algo por salvar sus cuerpos. Estas verdades, tan recientemente comprobadas, que son la evidencia misma, ¿pueden comprenderlas algunos fisiologistas que todavía se niegan a admitir nuestra tesis sobre la superioridad de lo psicológico en el ombre y sobre cuanto le rodea?

No nos extraña que los especialistas psiquiatras y psicólogos cometan errores como los que hemos señalado pensando que son infinitamente mayores sus aciertos, como asimismo los que obtienen los médicos de todas las ramas de la Medicina. La tarea de los primeros es bastante más difícil : si pudieran definir, exactamente, una enfermedad mental — como se describe cuanto afecta al corazón se a otro órgano del cuerpo — podrían hacer la definición de la mente de la que tan poco se sabe aunque no faltan escritores y médicos que digan que la Fisiología ya explica todo cuanto se refiere a aquélla. Y el conocimiento del cerebro se complica más admitiendo lo que dice nalgunos investigadores : que abajo de la escala evolutivo de los lóbulos cerebrales poseemos varios subcerebros o subsistemas con características propias neurofisiológicas y bioquímicas.

Mucho es que la medicina moderna haya señalado que las perturbaciones nerviosas y los cambios de conducta anormales en un sujeto son enfermedades mentales que hemos de aprender a combatirlas como se luchó y se lucha por vencer otras distintas enfermedades del cuerpo. Lo complicado que resulta combatir las del cerebro, hablando globalmente, se comprende al constatar que intervienen las alteraciones bioquímicas del mismo formado por tejido compuesto, casi completamente, por más de diez billones de células nerviosas en permanente actividad, con impulsos nerviosos y eléctricos, y complicada dinámica de los circuitos neuronales, etc., etc.

Al no ser médicos, fisiólogos ni psiquiatras de profesión — al menos el que escribe — como simples amantes del prójimo, nos atrevemos a opinar ateniéndonos a los resultados que van obteniéndose, con o sin éxito, en todas las ramas de la Medicina. Y constatamos que en la química corporal y particularmente en la cerebral, generalmente hablando, con reacciones normales y anormales tan variables, por los múltiples factores endógenos y exógenos que intervienen, no han influído, benéficamente, en sentido curativo, las drogas tranquilizantes que muchos fisiologistas denominan psicoterapéuticas. Sin embargo abundan los médicos que todavía les conceden propiedades curativas, al contrario de nosotros, que las consideramos aletargadoras y anuladoras de las fuerzas naturales de los pacientes que pueden reaccionar en favor de la recuperación de su salud mental y física.

Hemos comprobado cuán vanos fueron los medicamentos, incluso los tranquilizantes, en las mellizas Bobbie y Betty y en los tres esquizofrénicos de Los Angeles que sufrían hondos trastornos mentales. A las primeras no las tranquilizó lo más mínimo, al contrario : las deprimió más y redujeron sus defensas orgánicas quedando más incapacitadas para defenderse. Las drogas aumentaron su es-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

tado pasivo, y se designaron a morir. Y a los últimos pronto les pasaban los efectos de las drogas, y entonces reaccionaban más violentamente que antes de tomarlas, como si protestaran indignados por haberles contenido la expresión de sus voluntades, sus complejas funciones y actitudes voluntarias agresivas contra sí mismos y todo el mundo. Sin embargo, conscientes, hasta cierto punto, de que corrían peligro de quedar conciencia de la terrible situación que atravesaban su «psiquis» reaccionó, repentinamente, de forma saludable. En su cambio de conducta y súbita curación fueron decisivos los factores psicológicos. Con éstos los pacientes obtuvieron, en seguida, cuando quisieron, el bienestar emocional, mental y físico que los médicos jamás lograron — más bien lo obstruyeron — en ningún momento con drogas.

Las experiencias y conocimientos que tratamos de vulgarizar, llanamente, nos dan a entender que todos podemos tomar parte, con provecho, en la campaña por la salud mental del género humano. Intervenir, ayudar en la mayor medida a los psicólogos, psiquiatras y psicoterapeutas, es un deber social, humano y biológico de todas las personas con buen sentido común.

Sean o no profanos, los hombres y las mujeres de todos los continentes pueden y deben colaborar a evitar que los seres que aman, que viven bajo el mismo techo, sean enfermos mentales y si lo son, por descuido, por no haberles prestado las atenciones debidas consideramos haber demostrado que en sus manos están las mayores posibilidades de curarlos con amor y paciencia, mucha paciencia, no exenta de discreta firmeza psicoterapéutica.

La séptima parte de los habitantes del planeta Tierra sufren alteraciones emocionales y una de cada diez personas trastornos mentales más o menos severos. Son un gran reto a la Medicina y a la Humanidad. Es hora de que los científicos que sólo se preocupan por la ciencia pura — dejamos a un lado a los mercaderes de la ciencia que sólo les interesa enriquecerse a costa del dolor ajeno — se den cuenta de que cometen un error mayúsculo reduciéndose a atender a un cortísimo número de enfermos mentales, a malgastar sus energías combatiendo efectos, en ridícula escala, que saben nada resuelven. Ellos, más que los profanos, tienen el deber ético y científico de denunciar y combatir, al frente de los miembros de su especie, de la nuestra, las causas generadoras de la inmensa mayoría de las enfermedades mentales y corporales que sufrimos : las iniquidades e injusticias de las llamadas sociedades humanas organizadas o impuestas por el mundo autoritario.

Todas las personas sensibles y sensatas tienen que luchar en defensa de la buena herencia biológica y psicológica que están dilapidando los autoritarios político-religiosos de todas las clases. ¡No más presenciar impasibles el empobrecimiento fisiológico, biológico y psicológico del género humano!

Los psicólogos, psiquiatras y psicoterapeutas que se despreocupan de las causas productoras de casi todas las enfermedades mentales, que las conocen y no las combaten, traicionan a la humanidad y al mismo ideal científico. Piensen en los humildes barrenderos que en aldeas y ciudades realizan el más completo trabajo higiénico y de utilidad social. Si éstos se cruzaran de brazos en pocos días se propagarían las epidemias y las enfermedades por doquier. Y en bien de la salud propia y ajena, individual y colectiva, todos nos veríamos obligados a realizar su eficaz labor. No seamos menos que los útiles trabajadores barrenderos que tan mal trata y compensa la sociedad autoritaria. A luchar, todos contra los antinaturales, antisociales, antihumanos y antibiológicos privilegios de clase limpiando, al mismo tiempo, del cuerpo social, el virus autoritario que es el que produce en aquél el mayor número de enfermedades mentales. Es preciso combatirlo con todas nuestras fuerzas hasta acabar con él. Es la tarea iniciada por los libertarios que más urge sea terminada con la colaboración de todos nuestros semejantes. ¡Manos a la obra, científicos y profanos! Cuantos piensan y sienten sanamente contribuyan en la más elevada misión de profilaxis e higiene mental que reclama la humanidad angustiada por las miserias de todas las clases y los horrores de las guerras. No hacerlo es hacerse cómplices de éstas y de aquéllas.

F. OCAÑA

ESTADISTICA

con un billete de 1.000 francos se podía comprar :

En 1958

- **21 panes « fantasía »**
- **1.200 gramos de « biftec »**
- **22 botellas de leche**
- **10 litros de vino de 11 grados**
- **9 kgs. de arroz**
- **50 kgs. de patatas**
- **6 carnets de metro (2a clase)**
- **10 paquetes y medio de « Gauloises »**

En 1962 :

- **16 panes « fantasía »**
- **860 gramos de « bifteck »**
- **15 botellas de leche**
- **6,7 litros de vino de 11 grados**
- **6 kgs. de arroz**
- **27 kgs. de patatas**
- **3 carnets de metro (2a clase)**
- **8 paquets de « Gauloises »**

La puerta de oro del mundo

1. — LA CONSTRUCCION DE LAS PIRAMIDES

PARA la construcción de las Pirámides, sólo en rábanos, cebollas y ajos se gastaron 1.600 de talentos de plata. No sabemos a cuánto habrá ascendido el gasto de cereales como alimento de los esclavos, porque el pan como tal data de mucho antes de Moisés. Los ángeles obsequiaron con pan a Lot, que vivió varias centenas de años antes del Exodo, y cuando Jehová recibió ofrendas de su pueblo, sólo permitió que en el altar de su tabernáculo se colocara un pan.

Los pueblos de Oriente, Grecia y Roma conocieron el pan de cereales desde sus orígenes. No hay libro sagrado, a través de la historia, que no lo mencione en sus pasajes. La Biblia, el Talmud y el Corán, todos hablan de él con unción religiosa, porque «el pan ha salido de la tierra para nosotros».

Los estudios de las religiones comparadas revelan que en la antigua Roma únicamente el sumo sacerdote podía tocar con sus manos la harina de trigo. Pero ya mucho antes, bajo las dinastías faraónicas, el cereal, cultivado a los bordes del Nilo, constituía la gran fortuna, que llenó de alimento y de riquezas los graneros de Egipto durante muchos años de abundancia, permitiendo el ensanchamiento del imperio, más allá de Babilonia y el olvidado mundo sin nombre perdido en el tiempo.

Tan remota es la antigüedad del cereal cultivado para convertirlo en pan que el gran egiptólogo Champolión, que descifró los jeroglíficos encontrados en los descubrimientos arqueológicos, observó como repetidas veces el pan es citado en las inscripciones de conocimiento público entonces y hasta en las de los sarcófagos. Cuando se ha descubierto la tumba de Tutankamon, dícese haber hallado entre los distintos objetos domésticos y sagrados, cierta cantidad de entumecidos granos de trigo, que, al cabo de miles de años fueron de nuevo sembrados, y tomando contacto con el universo ambiente, germinaron pero no fructificaron.

En las excavaciones de Pompeya y Herculano se han descubierto inscripciones donde el pan se menciona frecuentemente como producto de cereal popular y alimento de la muy noble y humilde grey humana, que más tarde aparece en las obras de Plinio, Virgilio e infinidad de escritores de su tiempo. El gran aeda lusitano, Guerra Junqueiro, príncipe de los poetas latinos, lo ha inmortalizado con excelsitud en su «Oración al pan», artísticamente equiparable a la «Sinfonía pastoral» de Beethoven.

Con un pan de cebada y una jarra de agua, confesó el célebre filósofo Epicuro que podría disputar la gloria de los dioses. Desde mucho antes de Alejandro Magno hasta Julio César los combatientes de todos los ejércitos recorrieron la tierra con su bolsa de cereales a cuestas, como único alimento. Desde entonces, y por los siglos de los siglos, los hijos de sus hijos todos pasaron con un pan bajo el brazo por la ancha puerta de oro del mundo.

2. — LA GRAN REVOLUCION IDEALISTA

La humanidad asiste a la liquidación del imperio de occidente. Detenido este proceso con el avance de la mecánica y el enciclopedismo que por dos centurias ha conseguido neutralizar el derrumbe, con un contenido de libertad e ideas que ya nos parecen muertas, nuestro siglo finiquita la última serie de sucesos que han tenido desarrollo veloz, culminaron y declinaron precipitadamente.

El período cíclico que arranca del Renacimiento ha presentado a los ojos del hombre tal serie de portentos que lo encandilaron cual libélulas frente a la lámpara eléctrica. Y le han bombardeado de tal modo que perdió la noción del tiempo necesario para pensar. Porque un descubrimiento sucedió a otro más portentoso y deslumbrante. Y a medida que el individuo perdía el control de su majestad, porque su intelecto no alcanzaba retener con precisión ideas fijas, se predisponía a abandonar el campo de batalla en el que ya no era combatiente, sino simple espectador.

Con el derrumbe de la monarquía y la instauración del orden republicano en Europa, el hombre asistía al nuevo renacer del universo. La nueva forma de gobierno importaba poner al alcance de la mano el instrumento para abatir al despotismo político y religioso, dominantes en la vida civil de los pueblos. De igual modo, abría las puertas a la posibilidad de mejorar el orden económico, dando perspectivas de existencia a las necesidades sociales que se operaban en la sociedad. El cisma eclesiástico en dos fracciones, tras luchas violentas donde ha campado el lenguaje menos diplomático de toda la historia, hizo que los dioses competidores tomaran carnet sindical en la fracción que mejor se acomodara a su temperamento.

La revolución francesa y la rusa hicieron que los hombres sin árbol geneológico, los que no habían sido censados ni antes tenían voz ni ejercicio de voto, se vieran de inmediato investidos de poderes que nunca habían imaginado. Y, simultáneamente, con facultades tan amplias, muy superiores a sus fuerzas. Todo esto, forzosamente, había de administrarse en forma discrecional, pero el nuevo orden, la democracia naciente en lucha contra el despotismo secular, habría de aplicarlo a costa y rigor de los errores. El capitalismo que, desde los pocos años que recordamos en lo que fue Bizancio, se atrincheró detrás del dinero y ha lo-

grado un florecimiento rapidísimo. Por vía de este instrumento, levantó fortunas de la noche a la mañana; compró coronas y títulos de realeza, pisó las gruesas alfombras de principados, condados y ducados y arrastró consiglo a la iglesia católica, más interesada ya en el materialismo metálico de los dividendos que en las románticas pláticas sacerdotales.

A medida que, con el progreso de las artes y ciencias, se iba perfeccionando el mecanismo económico, el nuevo Estado sentíase más seguro y dueño de su estructura física. Una nueva clase surgía por cada tumba dinástica que se cerraba. Y los adulones y lacayos del viejo régimen dispensaban sus buenos servicios a la burguesía proletaria de uñas ennegrecidas que venía de la feria, del mercado, del mostrador o de la oficina para ejercer funciones directivas. La capacidad era cuestión secundaria. El filisteísmo político no tenía tiempo para detenerse en corregir defectos, so pena de llegar tarde al banquete.

Intelectualmente estamos todavía en Grecia, sin haber logrado desprendernos de su virtuosismo, creando otro que en arte consiga satisfacer las necesidades estéticas de nuestro tiempo. El derecho romano regimenta nuestra conducta individual, cual si nos fuera prohibido acercarnos a sus libros. Dos guerras en lo que va del siglo han aniquilado cerca de 68.000.0000 de hombres, los más valerosos que ha tenido la comunidad euroamericana.. Un simple balance de saldos nos dirá todo el pasado en tan corto período de fabricaciones, de transacciones bancarias, guerras cada cual más cruentas en grado de superación destructiva, edificaciones como portento del resurgimiento fenicio. Un hombre detrás de un Estado fue el instrumento ejecutor de seis millones de seres humanos en pleno proceso de la civilización cristiana.

En tanto, los monumentales edificios de nuestras ciudades y los míseros villorrios gimen por igual. Nuestra conducta sigue dividida por el salario y la cultura. Nos entretenemos en torneos medioevales presentando cada contendiente sus fuerzas combativas para asustarse mutuamente. Cualquier fiesta o acontecimiento municipal lo celebramos arrastrando pesadas armas de fuerza para destrozar nuestras calzadas. No se nos ocurre presentar el progreso con la independencia individual, de la libertad, del mayor bienestar y de una distribución más equitativa de los medios de fortuna, en nuestra condición de vecinos de la comuna, de la ciudad, de la nación. No nos interesa que el mundo asiático esté creciendo a razón de 100.000 habitantes por día y que, desde este mismo instante, tenemos que producir más o mejor para ir aumentando esaa producción gradualmente hasta disponer en 1975 de un exceso de alimentos para atender las necesidades inmediatas de 500.000.000 de bocas más sólo en ese sector del globo. El soberbio mundo occidental, el de los afortunados al que pertenemos, no se determina a salir en auxilio de ese conglomerado humano irredente, soterrado en las catacumbas de la miseria, con una inmediata provisión de alimentos standard. Y, sin embargo, todo pareciera bien sencillo, considerando que «el arsenal nuclear de los Estados Unidos comprende actualmente de 35 a 40 mil bombas atómicas y de hidrógeno, que representan un total de carga explosiva cercana a los 35 mil millones de trinitrotolueno, o sean, diez tonedadas de explosivos por cada habitante de la tierra. Como si no hubiera bastante con eso, a ese arsenal deben sumarse unos 200 proyectiles dirigidos —también de carga nuclear— listos para ser disparados sobre blancos predeterminados desde las 80 bases norteamericanas de ultramar, bien desde submarinos y portaaviones».

Pero no es esta la raíz del problema. El enemigo dispone de igual poderío en material de guerra y está igualmente envalentonado y belicoso, confiando en salir triunfante de la contienda. Pero los 7.500.000.000 de habitantes que seremos el año 2.000 con toda seguridad que no podremos alimentarnos con las 20 toneladas de explosivos disponibles hoy per capita. Tampoco, ni nosotros ni ellos nos conformamos con qué tamaño poder económico se haya canalizado para construir tan inútil poder destructivo que empeorará cada vez más las relaciones de convivencia humana.

La civilización occidental, creada con pólvora y dinero beatificado, llevó a la China hace un par de cientos de años los peores estragos de su creación: un comercio envilecido, el alcohol y una diplomacia surgida de los arrabales. Extendió esa influencia más tarde al Japón y la India. Cuanto esas comunidades saben en trapisondas de baja extracción lo aprendieron, igual que los rusos después, de lo que el mundo capitalista levanta como baluarte de la libertad y de la libre iniciativa. La competencia es el resultado directo de tan noble enseñanza.

Tanto el mundo oriental como el occidental parecen galvanizados, insensibilizados al hecho inmediato que debiera preocupar al género humano cual es el de justificar ante las nuevas generaciones por lo menos que se ha nacido para algo. Los gobernantes y políticos de todos los sectores han derivado la solución del grave problema al triunfo de las armas. Por muy entendidos que ellos sean con sus técnicos y financistas, sería la primera vez en la historia en que la guerra ofrecería un bálsamo al dolorido corazón humano. Mas esto resultará tan imposible como creer que las armas sirven para otro fin que el de matar. Y de sobras sabemos que ninguna guerra ha sido una solución. Desde el punto de vista geográfico, con anexar territorios a naciones o imperios carece de valor si no se cotiza al hombre, al poblador, al trabajador del suelo para que produzca riquezas. Económicamente, todas las guerras desde mucho antes de las teogonías y las dinastías sirias y caldeas, han hundido en el desastre a las naciones contendientes. En el orden político, podrá someterse al vencedor, hasta mismo aniquilarlo. Pero si no es posible convercerlo y, si el hombre, individuo, a lo largo de su existencia no aprendió otra cosa que matar para imponer su ley, difícilmente podrá defender sus ideales con armas tan débiles.

Las necesidades de alimentos adecuados para una dieta normal, en calidad y cantidad para los

habitantes del planeta, han rebasado los cálculos más rigurosos y llevaron el problema a todos los hogares de la tierra. Unos en grado superior al otro, pero todos, en general, están experimentando en estos momentos la tortura de ese espasmo electrificante que pasea a través de la atmósfera, con su estela clamorosa. Apenas si algunos bienaventurados de la fortuna, por un atrofiamiento sensorial, podrán sentirse felices en un suelo de riqueza, con una vida vegetativa que desarrolla su función biológica. Los más residen con el corazón oprimido ante la incertidumbre del mañana que no garantien siquiera sus padres ni gobernantes. Cada cual se desespera y suelta las riendas de las pasiones, impotente para luchar porque el amigo y el enemigo tienen tanto de común que apenas se distinguen.

3. — LO QUE HA QUEDADO ATRAS

Por la puerta de oro del mundo han entrado los ejércitos de nuestro siglo con armas melladas. Bajo el arco de triunfo, con alfombras tendidas, desfiló todo un pasado que nos vino de extremos tan lejanos desde Babilonia. Tebas, Cizot, Karnak, Bizancio, Tyihuanacu, Samarkanda, Cuzco. Nos anunciaba el alumbramiento de una nueva aurora, símbolo de la civilización encarnada por los grandes descubrimientos que se iniciaban a tenido galope del tiempo y que, medio siglo después, nos acombra a cada minuto con hallazgos deslumbrantes como para perder la razón.

Pero solamente pequeños contingentes de humanidad tuvieron el privilegio de poder asistir a estas fiestas. Un número reducido de afortunados, en comparación con la inmensa mayoría desalojada de la tierra, vivió los fastos del acontecimiento. Fueron aquellos que, a través de las adversidades, del estudio, de la experiencia y del tesón por seguir adelante pudo aprender en el dolor a sacar provecho del padecimiento o del esfuerzo personal, cuando no ambos factores juntos. Estos comieron la carne de cordero. Para ellos tronaron los cañones de la libertad y se encendieron fogatas, administraron comuniones, levantaron monumentos y doblaron campanas.

Sin embargo, los ruidos no conquistaron la calle ni contaminaron el conjunto celular que había levantado pirámides, construído murallas como la china, hicieron sangrar el cielo con las flechas de los rascacielos, sembraron la tierra de palacios y museos y cantaron canciones en lo alto de los andamios, como les inmortalizara en verso Gustavo Riccio; fueron atados al palo mayor de los trasatlánticos o embutidos en las carboneras de barcos piratas o dejaron sus pulmones empujando el arado. El siglo ha atrapado entre sus dientes mecánicos el gran secreto de la civilización, el misterio no revelado, y permanece impasible como la esfinge en el desierto, cerrándole el paso al caminante para someterlo a la prueba cruel de la adivinación. El camino de Tebas, la ruta de las Pirámides tienen huellas imborrables.

Así llegamos hasta el año 1962 con el signo fatídico de la decadencia, presentada con levantamientos armados en Asia y Africa, remotos continentes que arrastran pesada carga de esclavitud. Surgen contingentes de descontentos en toda la periferia europea y americana y el grito del hambre, con el de la libertad, campean en todos los extremos del globo, como una amenaza latente de guerra abierta, desde los tiempos bíblicos. Ante este azote de la humanidad, la civilización moderna retrocede cincuenta siglos, porque los quebrantos de aquella comunidad golpean a nuestras puertas con furia incontenida. Y sus ligaduras y su cuerpo flagelado, a través del tiempo, se transforman en cadenas y tormentos. El drama adquiere iguales contornos emotivos por lo doloroso y arranca las mismas lágrimas y sollozos en nuestros días embrutecidos por la abundancia de la superproducción.

El movimiento de insurgencia africana hoy en ebullición tiene sus raíces en la desigualdad de condiciones raciales y económicas por consiguiente, que aparece en el concierto mundial como un cáncer en el ombligo del mundo. Ubicado entre dos continentes hostiles políticamente, esta conmoción tiene mayor gravedad que la denominada «guerra fría». El resurgimiento chino bajo el imperialismo comunista, no responde al slogan político de consumo occidental, sino a la necesidad evidente e indiscutible que estos pueblos tienen de alcanzar niveles de vida accesibles a la civilización. La India, por su parte, presenta necesidades apremiantes, cuya solución concierne a todos los habitantes de la tierra, antes que, desesperados por su suerte aciaga, decidan echar mano a las armas. Tanto China como la India tienen por delante el fantasma de rebasar los mares para hallar asiento a millones de seres humanos. El suelo que ocupa ya resulta pequeño y los medios de producción para la subsistencia muy precarios. Un entendimiento entre las dos razas, en procura de soluciones comunes a sus intereses, podría ser fatal para la causa de la libertad.

De territorio chino salieron las hordas que, desde el desierto de Gobi, llegaron Aquisgrán y se diluyeron en el recorrido sangriento que dejaron a su paso. La India, Asia Menor y Egipto fueron asoladas en la edad media por Tamerlán, sucesor de Geng Khan. Con esas invasiones quedaron borradas las huellas que allí habían dejado las tropas de Alejandro, portadoras de un reguero civilizador con la cultura helénica, detenida allí, durante muchos años, como último bastión de la gloria ateniense. Dos corrientes, por distintas rutas, de Oriente a Occidente y de Occidente al Oeste, depusieron sus armas en una pausa de siglos. Pero entences, el tiempo era idea metafísica y hoy es física viviente de cuerpo celular.

Desde la última invasión china, la India experimentó los estados gubernativos, cuyo más prolongado ha sido bajo la protección británica. Durante ese último periodo, aquel pueblo trató de reabastecerse espiritualmente dejando que el inglés se encargara de los problemas sociales y económicos. Pero, al cabo del tiempo, un movimiento de convulsión pacífica reclamó seriamente intervenir en los asuntos propios de la colectividad, demarcando

nuevas fronteras y estableciendo normas de conducta acordes con el estado de la civilización. Si bien las medidas adoptadas han coadyuvado a los fines perseguidos, nadie duda que la mentalidad de la India hoy en día es bien distinta a la que siguió al Mahatma Ghandi. El pueblo de la India, tan necesitado de tener acceso a los bienes de la tierra como todos otros, entiende que frente a un estado de guerra permanente declarada por un enemigo, la no resistencia equivaldría al suicidio. El estado pasivo en tanto el vecino se contorsiona en medio del incendio sería criminal. Y es de ahí que se haya convertido, a escasos años de obtener su independencia política, en una gran potencia, en un contrafuerte militar en el panorama asiático.

La lucha entablada hoy entre dos poderes, unidos en un extremo por regímenes políticos y económicos de igual semejanza casi, que cubre los flancos de América y Europa, tiene un lazo común de intereses al juzgar, con natural recelo, el resurgimiento del Asia, que participa, con carácter imperativo, en las condiciones sociales del mundo y lleva la ofensiva de extenderse por función de su propia fuerza. La China comunista ha sido favorecida con el apoyo soviético y es este el momento en que está discutiendo los valores de la factura que Rusia le ha pasado. La India, ha merecido el apoyo moral y financiero de Inglaterra, pero muy particularmente de los Estados Unidos de Norteamérica a los fines de lograr su neutralidad en el conflicto con los comunistas. Buena parte del plan se ha cumplido y, por lo menos, hasta aquí se ha logrado mantener el equilibrio de fuerzas ajeno a contactos armadas entre indios y chinos. Pero tanto uno como otro, se consideran a la vez dueños de sus propias decisiones y no desean adquirir compromisos que traban su libertad de movimientos. China actúa sin permiso de Rusia como entendiendo que los asuntos chinos le son exclusivos. La India, segura de su valor, mantiene la equidistancia natural con el sector comunista, pero aporta moralmente a Tito, el apóstata, y al señor Naser la valiosa cooperación de su influencia para integrar el tercer frente político que sirva de puente y traspaso entre los dos grandes bloques en pugna.

Es de suponer que si la India no es ampliamente compensada con intereses en la contienda que se está librando y en la que pacíficamente interviene, sus vecinos y amigos los chinos son muy generosos cuando les conviene. Las cartas están a la vista y ningún artilugio diplomático podría torcer la ruta abierta por la cual ha de circular esa fuerza contenida por el mar como un cinturón de acero que obliga a esa parte del Asia a moverse dentro de su propio sistema sanguíneo. Si ello no ocurre, es seguro que, a corto plazo, las necesidades económicas la obliguen a pactar deliberadamente con el pueblo chino. Y, en tal eventualidad, las disputas actuales entre Oriente y Occidente desaparecerán como por arte de encantamiento.

CAMPIO CARPIO

(Continuará.)

FLUORESCENCIAS

1

En ese gran problema de la «guerra fría» imperialista, entre Oriente y Occidente, Kruschev ataca a Kennedy y viceversa. Ellos discuten por conveniencias particulares y momentáneas. De la noche a la mañana se pueden poner tranquilamente de acuerdo —bajo la «santa» égida del Papa—, dejándonos a todos en la estacada.

2

Lo de Cuba debe servirnos de ejemplo sobre lo que pudo ser una Revolución y no fue, debido a la inconsciencia del pueblo revolucionado que no segó a tiempo las cabezas de quienes se erigieron en jefazos del «delirio de grandezas».

3

Indiferentemente de quién ataca a quién, el individuo consciente, en plena Revolución, debe velar para que todos ataquen a cuantos pretendan levantar la cabeza con fines de mando y de dominio. En nombre de nada debe ser permitida la jerarquía durante el período revolucionario. Así se hará o no se hará nunca, la REVOLUCION SOCIAL.

4

Esta pertenece a Royan: «Manos a la obra todos, cargados con las mejores intenciones. El trabajo a realizar es enorme, pero con voluntad y decisión, lo llevaremos a buen fin. A condición de no dejar para mañana lo que podamos hacer hoy.»

5

Y esta otra es de Sacha Veguiev: «En cada localidad podría hacerse obra valorable, a base de grupos de estudios, dedicados a temas determinados. Puestos en relación entre sí, los grupos dedicados a un estudio equivalente, podrían intercambiar documentos, reflexiones y resultados. Sería el principio vital de una labor en consonancia con lo que preconizamos a diario, en tanto que forjadores de una nueva sociedad, sin que en verdad nos preocupemos mayormente por ello.»

6

Los gobiernos —incluso en sus gigantanasias dictatoriales—, son gratuitamente defendidos por ciertos «librepensadores». No comprendemos cómo se puede ser librepensador y defender infantilmente a las cadenas.

COSMOS

Carnet de un médico

Amor y cirios

NO; no voy a violar el secreto profesional. Si hoy esta pobre mujer, ya muerta, se presenta tan fuertemente, con tal insistencia y tan impaciente a mi memoria; si voy a hablar de ella, no sabéis ni su nombre, ni la enfermedad que se la llevó del mundo, ni la amargura de sus gestos, ni siquiera el color de sus ojos.

Cualquiera podría haber sido ella y haber entrado un día en mi Consulta — ¡hace tantos años! — con el andar indeciso de los que no se atreven, desde hace tiempo, a mandar a paseo un obstáculo.

Entró, pues, se sentó frente a mí y como preámbulo me hizo una síntesis de vieja amistad, de estudios comunes, de cosas, en fin, que no venían a cuento y que escondían una verdad o demasiado tímida o demasiado horrible — para ella — a la que era necesario preparar el camino y vestir adecuadamente. ¡Qué escándalo, encajarla monda y lironda, tal como fuera, sin el menor estorbo impuro!

Pero, como al fin había que decirla, esa verdad, pues para eso venía, la pobre entornó los ojos, abrió mucho la boca y me explicó, como muchos enfermos hacen :

— Yo creo que me pasa algo malo...

Y yo, después de comenzar su ficha, con la rutina del nombre, que ya conocía, del domicilio, que no era el mismo de antes; de la edad, traidora, deslizándose para los dos sin la menor alarma, seguí con la otra rutina de la pregunta :

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué vienes a verme?

Y entonces, ¡ay entonces! con un lujo infinito de precauciones y de excusas, me explicó — eso sí — muy lentamente, como si los remordimientos le ataran de cuando en cuando la lengua, que su novio — ¡quién se acordaba ya! — se había muerto en Marruecos; que ella había creído, al principio, en todas esas benditas monsergas de vida rota para siempre, de corazón herido y sangrando para siempre también, naturalmente; y que ya ningún hombre, ni Adonis, ni Apolo, ni siquiera un Señor Universo, que entonces no se habían inventado aún, podría atraer sus miradas y, mucho menos, otras cosas.

Pero, ¡vaya usted a creer en las vidas rotas y en los corazones heridos de las novelas por entregas cuyo veneno sutil pasa silenciosamente por debajo de las puertas o se deposita en los buzones con un buen acompañamiento de publicidad! ¡Vaya usted a creer...!

Mi amiga y cliente se enamoró cuando menos y como menos lo esperaba. Se enamoró como nunca lo había estado, con ganas rabiosas de esconderse en los rincones perdidos de los jardines públicos, de guardar flores secas y aplastadas entre hojas de libros; de besar cartas rancias y fotografías amarillas. Con todas las agravantes, con todos los estorbos propios de una total falta de madurez, y también con ganas de temblar entre los brazos de su hombre, lo cual era ya más normal y razonable, y de llegar, con él al fondo de las cosas... Claro que ya me habéis comprendido y no necesitáis aclaraciones suplementarias.

Es decir, sí. Sé las necesitáis, pues tenéis que saber que el hombre se enamoró de ella también y que si los dos, cogidos de las manos y mirándose a los ojos, se fueron a los rincones perdidos de los jardines públicos; y a los cines de barrio, bien lejos; y a los cafés pequeños y perdidos también, no fué solamente por satisfacer a esas exigencias del psiquismo especial del enamorado vulgar, sino porque era muy necesario esconderse : el hombre era casado.

Mi pobre amiga me hizo tal revelación con la misma voz ahogada, con el mismo fuego en las mejillas y la mirada arrastrándose por los suelos, conque un criminal, de repente tocado por la gracia confesara que acababa de desvalijar el Banco de Inglaterra — que no debe de estar mal — y de dejar en los locales de su hazaña, unos cuantos muertos...

Si mi pobre amiga hizo su confesión no fué por pura necesidad de confidencia, sino porque educada en el más estrecho de los conformismos consideraba su amor a un hombre casado como una « inclinación culpable », como un pecado cuyo horror bastaba para inhibir impulsos y deseos de todas clases; y tras una heroica lucha en que hubo de todo menos el remate y cumplimiento amoroso, los dos « mártires del deber » dejaron de verse para evitar males mayores, como ellos decían.

Y un buen día el obstáculo desaparecio; se fundió el hielo; se abrieron de par en par los brazos. Es decir, que la esposa, que no hacía más que estorbo en realidad, decidió morirse de una nefritis aguda post anginosa.

El motivo de la consulta era, pues, que una vez desaparecido el estorbo, en vez de marchar las cosas sobre ruedas se hicieron más complicadas; y cada vez que él todavía enamorado insinuaba la menor cosa, esbozaba una caricia, iniciaba una tierna frase, mi pobre amiga retrocedía, estremecida de terror porque creía ver, entre cirios, el cadáver que hubiera podido hacer posible su sueño de otro tiempo.

— ¿No comprendes? — me decía llorando —. ¡Tener que alegrarme de una muerte! ¡Tener que envolver mi alegría entre velos negros! ¡Es un amor que huele a cirios! A mí me pasa algo malo...

Claro que le pasaba. Los trastornos psíquicos que la trajeron a mi consulta se acentuaron rápidamente a pesar de las terapéuticas — no tan poderosas como ahora — y hubo que proceder a un internamiento del que ya no pudo salir.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

EL PORTUGUES

La vida es una cueva, la muerte un espacio.

TRAIAMOS igual clase de pasaje y dormía en una litera encima de la mía.

Bartolomeu Entúnes, portugués, no viejo —maduro—, sin familia, quien procedente de la Argentina dirigíase a la Isla de Madera.

Llevaba bastantes joyas consigo, lo que daba a entender que era hombre de dinero.

El barco tocó en diferentes puertos del Brasil y en todos el compañero de camarote saltó a tierra. Hasta llegar a Río de Janeiro ¿para qué, si de todo vienen a vender al barco, incluso loros y monos?

De noche funcionaba la timba en un salón lujoso al que era obligado asistir en traje de etiqueta.

Concurrencia promiscuada redor de la mesa de juego —mujeres, parte de ellas, más fáciles que difíciles, y caballeros, parte de ellos, sin caballo—, en donde lo exótico racial no extraña a nadie.

La orquestina, a cargo de músicos que también desempeñaban el oficio de camarero, era un simple pretexto o tapadera que propiciaba modernos bailetes.

A su excelencia Bartolomeu Entúnez lo «pelaban» todas las noches, y cuando con las luces del alba volvía al camarote juraba y maldecía en la creencia de que yo no le veía arañarse el rostro ni le oía insultar a Dios y a los santos.

No hay juramento bastante grueso que satisfaga al jugador cuando pierde.

Así que hubo perdido el dinero con que pensaba negociar en vinos una vez en la Isla de Madera, llevado de exacerbada locura malbarató los brillantes, las sortijas con piedras de color, el Waltan de Oro y el colgante de la cadena rodeado de rubíes...

Cuando cayó en la cuenta de que se había estúpidamente arruinado, juzgóse sumarísimamente y se condenó a muerte.

Postrado en la litera estuvo antes de cumplir la sentencia, sin hacer caso de refaccionarios avisos, salió con algunos efectos a cubierta, medio desnudo, envuelto en una manta. Noche negra, negrísima. El buque, a toda velocidad. En la cubierta ni un pasajero a causa del oscuro tenebroso y del desagradable viento. Sólo el piloto va y viene de un lado a otro del puente sin perder ripio.

Primero el desgraciado portugués arroja los enseres al mar y detrás se abandona él, a la inmensidad, sepultándose en las aguas revueltas del océano.

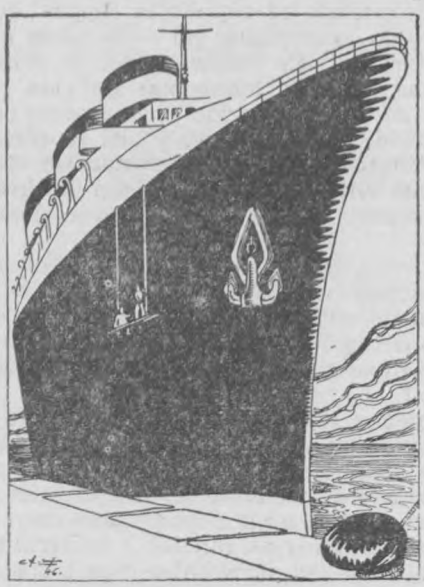
Marchaba a toda máquina el barco y no fue posible atender al grito de auxilio que el suicida, arrepentido, lanzó al venirle ancho el abismo y debatirse con la igualmente ancherosa muerte.

—¡Au... xi... lio!

El mar océano se lo tragó de un bocado y no se le oyó más.

La embarcación marchaba a toda máquina a través de la noche negra, negrísima, como la suerte del portugués...

PUYOL



Si bien es cierto que, según dicen, eso del « terreno » es importante para el desarrollo de un trastorno psíquico, de una enfermedad mental, ¿qué duda cabe de que los estrechos confines en que la educación había encerrado el amor de estos dos seres, fué un factor poderoso de su desgracia? Si se les hubiera enseñado a no esconder que un hombre ama normalmente a varias mujeres casi siempre a la vez y siempre sucesivamente, si las mujeres estuvieran ciertas de que siendo más numerosas tienen que repartirse entre los hombres — lo que no quiere decir que un suplemento sea imposible — yo no hubiera escrito la ficha de este drama.

Pero ¿quién puede convencer a la gente de que el amor plural es el amor normal en los seres humanos y que sus exclusivismos, como secuelas y consecuencias de la propiedad privada, de la esclavitud, de la explotación, de la herencia de los bienes personales, de los prejuicios religiosos, no pueden engendrar y no engendran sino desdichas más o menos aparentes?

La ficha de mi pobre amiga y cliente está enterrada con un montón de fichas viejas.

¿Comprenderá alguna vez la sociedad el esplendor del amor? ¿Se despojará de la obscenidad al despojarle de todo contenido social? ¿Alguna vez el amor no olerá a cirios?

DR. A. POCH

Han Ryner por él mismo

PARA HACER CONOCER este aspecto capital del talento de Han Ryner, vamos a seguir de cerca, a veces citando y a veces resumiendo o comparando, el hermoso y competente estudio de M. C. Poinsot en la revista **Le Rythme** (El Ritmo). Poinsot es un crítico notable al mismo tiempo que un potente novelista. El hombre que ha escrito esos dos libros profundos y vivientes **La joie des yeux** (La alegría de los ojos) y **Toute la vie** (Toda la vida), sabe lo que es una buena novela no solamente por la experiencia del lector inteligente, sino aun por la experiencia más penetrante del autor que por varias veces ha vencido las dificultades y creado belleza que marcha.

La obra de Han Ryner el narrador es enorme. Pero sus primeras novelas —todas las que datan del siglo XIX—, aunque muy interesantes, desaparecen en algún modo ante la luz de sus libros recientes. No aconsejamos la lectura de las primeras obras, que por cierto son difíciles de procurarse, más que a los que se placen en darse cuenta de la evolución de un pensamiento y de la marcha progresiva de un artista. Poinsot tiene grandemente razón al precisar:

«Se puede colocar en los adrededores de 1900 la madurez de este talento magnífico. Han Ryner es, pues, en realidad, un autor —se podría decir ya clásico— del siglo XX.»

Sus primeros libros, que pesamos por alto, son, sin embargo, algo más que meras promesas. Pero en ellos Han Ryner no ha encontrado ni su filosofía actual ni la potencia verbal de su última manera. Tal vez un día haremos conocer y discutiremos esas realizaciones puestas a un lado, tomando por guía la apasionante obrita de Manuel Devaldes sobre **Han Ryner.** Hoy recordaremos solamente los títulos de esos libros ya sobrepasados, y que en su tiempo excitaron la imaginación de notables escritores.

Chair Vaincue (Carne vencida) apareció en 1889 precedida de una larga introducción de Jean Aicard en donde el poeta burgués, el futuro académico, dejaba escapar el grito asombrado de la gallina que ha puesto un huevo de cisne: «¡Han Ryner es el más asombroso removedor de palabras y de ideas que yo conozco!»

La Folie de Misère (La locura de miseria) es el mejor de los antiguos libros de Han Ryner. Es una obra profunda, triste y sobria. La heroína, hija de un demente asesino, lucha, por mucho tiempo victoriosa, contra la terrible herencia que en ella vive. Pero los golpes repetidos de la miseria acaban por dar a los gérmenes de la locura una irresistible fuerza. Se puede ver el alcance social de este libro de pensamiento, de piedad y de análisis implacable.

L'Humeur inquiète (El humor inquieto) nos parece menos potente y de interés menos general, a pesar de la admiración de Alfonso Daudet que exclamaba: «¡Está tan cerca de la vida!»

Ce qui meurt (Lo que muere) es el libro en donde Han Ryner ha puesto más de su sensibilidad. Es imposible de leer sin lágrimas las páginas tituladas **Fragments du livre de Pierre** (Fragmentos del libro de Pedro) y que recogerán, sin duda, las futuras antologías.

No es solamente Han Ryner, desde sus comienzos «el más asombrado removedor de palabras y de ideas»; pues es también el más osado de los artistas. Acierta a crear belleza y emoción con las materias más terriblemente realistas. **Le soupçon** (La sospecha), en donde Camille de Sainte-Croix reconocía el más fuerte de todos los estudios sobre los celos, es la historia de un hombre que duda de la virginidad de su mujer. Parece que con tal tema no se pueda hacer más que un libro humorístico; pero Han Ryner ha acertado aquí un drama tan terrible como profundo. Lo mismo en **La fille manquée** (La muchacha malograda), estudio de amores unisexueales en un pensionado religioso, no solamente toca los detalles más escabrosos con una delicadeza y una gracia de estilo extraordinario, sino que tiene éxito en comunicar al lector la misericordia y la más penetrante melancolía.

Pero los dos primeros libros en los cuales con razón se detiene Poinsot son **L'Homme Fourmi** (El hombre hormiga) y **Le Crime d'obéir** (El crimen de obedecer).

«Contienen un sabor de estilo, una alteza de miras que anuncian, de una parte, al prestigioso narrador, y de otra parte, al novelista filósofo que pronto agitará la antorcha deslumbrante.

«El hombre hormiga», a pesar de sus 280 páginas, es un verdadero cuento filosófico. Pertenece ya, sin ninguna duda, a la serie deslumbrante de esos relatos tornasolados y sólidos en los cuales se engranan en símbolos el pensamiento neoestoico más profundo de estos tiempos. Voyages de Psychodore (Viajes de Psicodoro), Paraboles cyniques (Parábolas cínicas), **narraciones diversas a reunir algún día... justificación radiante de Príncipe de los Narradores, otorgado a este escritor desdeñoso de la vana noticia periodística, rehabilitando la tradición de los maestros franceses y extranjeros, los Rabelais, Bocacio, Hoffmann, Voltaire, Edgar Poe, etc., que hicieron del cuento un género de primer orden.»**

El hombre hormiga, por una singular casualidad, apareció en librería el mismo día que **La vida de las abejas,** de Mauricio Maeterlink. Pero la obra de Han Ryner no es solamente un estudio sobre la vida de los insectos sociales; aun este lado de la obra, aunque muy fuertemente documentado y presentando observaciones personales muy curiosas, solamente constituye el interés más exterior. Lo

que hay de **humano,** impuesto por la misma forma de nuestro espíritu, en nuestras certidumbres más afirmativas. Nos turba el autor en todos nuestros dogmatismos y escribe en cierto modo el libro de la relatividad de nuestros conocimientos. Ha dicho también, y la fórmula nos parece acertada, que este libro es la crítica del **chovinismo humano.** Pero dejemos la palabra a nuestro guía.

«El hombre hormiga **narra la divertida metamorfosis del señor Octavio Peditant que, por un tiempo, se ve calificado con un extraño cerebro cuya parte derecha piensa en hormiga, mientras la izquierda lo hace en hombre. Se adivina lo que esta invención ingeniosa puede permitir paralelismos entre nuestras concepciones y las del pequeño mundo de los himenópteros en donde vive el héroe. Se trata de un Swift con una filosofía más sutil, de un Maeterlink de** La vida de las abejas **con una más luminosa fantasía. Se trata sobre todo de un pretexto para criticar a nuestros orgullos, a nosotros que, a menudo, creemos saberlo todo y que nuestra inteligencia muy probablemente debe errar magníficamente entre una muchedumbre de errores insospechados.»**

El crimen de obedecer —hoy desgraciadamente agotado—, es un libro heroico. Que este epiteto no sirva de engaño. Para Han Ryner, el personaje amado del pueblo que hace con una audacia más grande los gestos que toda la multitud desea y aprueba, el bravo soldado o el bravo general, Napoleón o el viejo gruñón, sólo son aventureros. Para sus ojos, el héroe, solamente podría ser el individuo consciente, el que marcha al margen del rebaño y con la luz de su propia conciencia. Spinoza es un héroe, pero Napoleón es un cobarde que ni siquiera supo vencer en él las avideces más groseras y más estúpidas. Igual que nuestro amigo, nosotros no podríamos concebir un héroe que mande o que obedezca. **El crimen de obedecer** es el libro de un refractario que «para suprimir», en lo que depende de él, al crimen de los que se atreven a mandar, se niega al crimen de obedecer». La actitud del protagonista Pierre Daspres es enteramente pasiva como la de un tolstoiano. Pero no es a una religión exterior y a un misticismo tradicional que pide sus motivos de acción o de abstención. Los encuentra en él mismo, en su dignidad y en su nobleza personales. Hay Ryner que, desde que puede mirarlos a una distancia suficiente, es para sus libros más severos que ningún crítico, se apena porque **El crimen de obedecer** esté mal compuesto. Sin embargo, el realismo de la primera parte parece equilibrar el idealismo de la segunda. La fealdad de los medios sociales atravesados por Pierre Daspres hace más inteligible y pone un relieve más vigoroso, a su reacción individual. Y nos parece que la segunda mitad del libro contiene algunas de las páginas más altas y más firmes que hayan sido vertidas por la pluma de Han Ryner. Deseamos de todo corazón que un editor inteligente nos dé una nueva edición de este libro.

No obstante **Le Sphinx rouge** (La esfinge roja), en donde vuelven a aparecer todos estos problemas, es muy superior. Sebastien de Ribies, héroe de este nuevo libro, tan firme y tan digno como Pierre Daspres, es más armonioso. La misma ardiente llama existe en los dos corazones, pero en el último da mucha más luz.

«**Ribies, es Daspres, y es Han Ryner con otra figura; es un Epicteto moderno, es el portavoz del autor. Es la voluntad libre que igualmente muere en belleza; es la individualidad fuerte, extrema e indiferente a las otras individualidades.**»

Poinsot, cuando el libro apareció, había hecho algunas objecciones a las cuales él mismo respondió en gran parte. Hoy ya no las reedita más.

«**Quiero, dice con nobleza, simplemente proclamar aquí mi veneración por el escritor, y no retardarme en esas pequeñas divergencias que el tiempo reduce de día en día, y que parecen caminos que se elevan hacia una misma cima.**»

Han Ryner, además, es demasiado individualista para querer imponer a los otros su propia actitud o la de algunos de sus personajes. Ibsen decía: «Mi misión es plantear los problemas; que cada uno los resuelva a su manera.» Han Ryner en sus libros, da soluciones que le parecen las más armoniosas en ciertas particulares circunstancias, en donde se exponen tal carácter individual o tal pasado. Pero sabe que no existen dos seres absolutamente semejantes y que cada uno debe encontrar en sí mismo a la verdad. En completo acuerdo citaría el verso de La Fontaine:

El ejemplo es un engaño peligroso.

Poinsot ha notado este carácter en la obra de nuestro amigo:

«**Han Ryner ha expuesto lealmente que Ribies solamente tenía razón para Ribies. De los cuatro hijos del héroe, los dos más incapaces de seguirle caen, privados de las muletas de una moral al menos usual, en el incesto, el infanticido y el cobarde suicidio; los dos otros, que lo comprenden, pero no son lo bastante ellos mismos, el uno mata a su novia traicionando sus esperanzas, y el otro hace el gesto asesino de un Caserío. Todos se engañan. Y Sebastien de Dibies, infinitamente más simpático, más emocionante que Pierre Despres, cae, lapidado por la muchedumbre.**»

Sea cual sea el valor de **El crimen de obedecer** y de **La esfinge roja,** no es en esos libros contemporáneos, aun los más potentes, que Han Ryner ha dado toda su medida. Lo que el porvenir, sin duda, retendrá sobre todo de su obra magnífica y diversa, son los pocos libros en los cuales renueva, de manera inesperada, la novela histórica. No busca, como los que le han precedido en este camino a hacer revivir las exterioridades de una época. Lo pintoresco no ha sido nunca su finalidad, ni siquiera como medio, no siendo de ello donde extrae sus efectos más interesantes. Lo que hace revivir —y nadie lo había ensayado antes que él— es el pensamiento de un siglo. A veces inventa a su héroe y crea a ese asombroso Psicodoro, cínico original, pero herético del cinismo, y que marcha, rudo como un Diógenes, en una luz más dulcemente estremecedora. Más a menudo toma prestados de la historia a sus personajes —pero conscientemente a la historia mal conocida y transformada en leyenda— y restituye más verdaderas que en

ningún libro antiguo o moderno, a las figuras de Jesús, Pitágoras o Epicteto.

«**Después de estas obras excelentes y de temas modernos, Han Ryner escribió dos obras admirables:** Le cinquième évangile (El quinto evangelio) y Le fils du silence (El hijo del silencio), **evocando dos altas figuras de las viejas épocas, Jesús y Pitágoras, que encarnan, cada una, un aureo enjambre, zumbando alrededor de su gracia potente, la filosofía del que, al trazarlas, merece en lo sucesivo ser saludado como un maestro.**

» **El Jesús de Han Ryner difiere del Jesús de Renán por más nobleza. Lo que pone Han Ryner en su Jesús, es su propia evolución del ideal de justicia al ideal de sabiduría. El héroe de** El quinto evangelio **no cede en ningún sentido. Asciende sin descanso hacia las cimas, temblando solamente por el éxito de su tentativa de liberación humana. Se niega a la resistencia como se negaba el héroe de** El crimen de obedecer, **pero ¡qué otra bondad lo impregna! Se diría que al engrandecerse el libro crece con él. No conozco de nada tan sublime como la agonía de Jesús en la cruz, y su discurso interior «más alto que la montaña», en el momento de dar a su muerte su verdadero sentido: la esperanza de que representará «el gran sacudimiento que retornará a los corazones.»**

El Pitágoras de Han Ryner marcha con una gracia más sencilla en la serena belleza de la luz griega. Sin duda porque su época es más lejana y menos conocida, es el libro de lectura menos fácil. Todos pueden leer **El quinto evangelio** con alegría, con emoción y con pensamiento. Nosotros no aconsejamos la lectura de **El hijo del silencio** que a los que ya tienen algún conocimiento de la filosofía helénica. He aquí, en cuanto a este último libro, la apreciación de Poinsot:

«El hijo del silencio **pareció, a algunos, más nuevo y más profundo aún que** El hijo del hombre. **Sin embargo, se hace imposible ya el jerarquizar a las producciones literarias de Han Ryner, pues cada una, después de los** Chrétiens et les Philosophes (Los Cristianos y los Filósofos), **es una obra lograda, llevando en sí una belleza incomparable.**

» **Asistimos al desarrollo de la sabiduría de Pitágoras como hemos asistido al desarrollo de la sabiduría de Jesús, pero en un marco en donde el autor se ha complacido en hacer resucitar a un tiempo que les es querido, tal vez porque los filósofos estaban en contacto con las multitudes.»**

No es solamente, en efecto, una gran figura velada de tinieblas y de leyenda que nos es, aquí, restituída a la luz del día. Se trata de todo un siglo —el sexto antes de nuestra era—, singularmente activo por el pensamiento y las tentativas sociales, que podemos penetrar nosotros hasta sus más íntimas y secretas profundidades.

«**Independientemente de su valor moral, el libro suscita una gran curiosidad por sus reconstituciones emocionantes de los misterios antiguos, los del Eleusis notablemente, y por las de ciertas páginas radiantes de aquel entonces helénico, muy poco conocidas, como el canto de Ferecido: «El antro de los siete repliegues», poema rudo y misterioso, en donde vive la rareza de los orígenes, vasto fresco de límpidos símbolos y que renueva y amplifica el poema órfico: «El Cráter». Además, lo mismo que en** El quinto evangelio, **las parábolas inventadas se elevan a la belleza de las parábolas legadas por la tradición. Lo mismo,** El hijo del silencio, **muchos de sus discursos podrían ser firmados por los viejos sabios de Grecia, de Egipto y de Caldea, con quienes Han Ryner pasó su vida intelectual.»**

(Continuará.)

HAN RYNER

(Trad. V. MUÑOZ.)

Nota del traductor.—Todo lo subrayado pertenece a Poinsot, un crítico francés que no hemos podido encontrar en la última edición de nuestro Pequeño Larousse Ilustrado.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

La paz del hombre (1)

EN su lucha por la paz, Eugen Relgis utiliza con suma eficacia al humanitarismo. El contenido de esta palabra resulta, para no pocos, plato fuerte; porque algunos de sus vitalismos se les aparecen como un producto estéril. Uno de estos merece ser estudiado a fondo : su original punto de vista sobre la Revolución. Véase lo que dice sobre ella, entre otras cosas capitales, en su reciente obra « La paz del hombre (pág. 29) :

« Queremos la paz integral, la paz entre los pueblos, pero también la paz entre las categorías sociales, que tienen un substracto más bien biológico-cerebral y psíquico — en la mayoría de los casos prematura, artificial y forzosa — (el subrayado es nuestro), porque estamos contra toda violencia política y contra toda intolerancia moral, espiritual e ideológica. Por eso pensamos incluir al socialismo antiautoritario en un concepto más amplio y que denominamos **humanitarismo,** cuyos principios hemos tratado de exponer en algunos libros publicados entre los años 1922-1926. No es éste el lugar de resumirlos, pero tengo que precisar que el humanitarismo no es una simple noción sentimental, sino una concepción positiva, realista, constituído por diversos elementos biológicos, económicos, técnicos, culturales, etc. El humanitarismo comprende todas las realidades de la vida planetaria de la humanidad, con relación a sus intereses, pero también a sus ideales permanentes y generales. En el seno del humanitarismo, socialismo o individualismo, ciencia y religión sin dogmas, ética y estética pueden armonizarse sobre la base de la libertad y del apoyo mutuo. »

Esta concisa exposición del humanitarismo es lo suficientemente clara para que pueda dar lugar a malos entendidos entre quienes aspiran a una positiva comprensión de las realidades ideológicas. Es una base combativa que converge y se amalgama con las ideas ácratas, enriqueciéndolas de una manera bastante amplia, sin hacerles perder nada de su contenido revolucionario. Es más, el humanitarismo de Relgis, tal como él lo expone y no obstante su aparente afirmación contradictoria : « condenamos también la revolución », es revolucionario en el verdadero sentido del término, pues lo que en el fondo combate es el artificialismo « revolucionario », ya que ninguna acción justificada y recta, puede ser negada, de hecho, por un humanitarismo que no olvida ninguna de las directas ramificaciones « comprende todas las realidades de la vida planetaria de la humanidad ».

Y es que la guerra y la « revolución », salvo raras excepciones, se presentan en la historia como plagas destructoras, incapaces de reconstruir, no obstante las « dialécticas » redentoristas, patrióticas y demás, de que se sirvieron los interesados en hacer correr ríos de sangre para dejar las cosas igual o peor que estaban, cambiando siempre el privilegio. Y por lo que respecta a la revolución, ha sido siempre « prematura, artificial y forzosa », además de desviada, traicionada y vencida en los casos más sublimes, de lo que se desprende que la verdadera revolución está por realizarse. No es solamente Relgis quien lo afirma. En su incomparable obra « Evolución y revolución », Elíseo Reclús, ya dejaba establecido :

« La historia antigua nos cuenta a millares el número de « revolucionarios de palacio », es decir, la substitución de un rey por otro, de un ministro por otro, de un favorito por un consejero o por un nuevo amo... ». Y más adelante agrega aún : « ...luego del combate, se producían revoluciones aparentes : una conspiración de asesinos favorecidos por la suerte, cambiaba el centro del gobierno y modificaba el personal de éste; pero, ¿qué importaba todo esto a los oprimidos? ». (« Evolución y revolución », págs. 11 y 12. ED. F.O.R.A., Buenos Aires, 1961).

En el aspecto revolucionario, al igual que en otros aspectos, la condición humana no ha cambiado. La historia no se repite, pero el progreso es demasiado lento para que no resulte aberrante la pretensión, hoy tan en boga, de que cualquier cambio de amos, cualquier cuartelazo o no importa qué ensoberbecida pandilla aspirante a gobernar, se den el pomposo nombre de revolucionarios, como si una revolución social y humana pudiera fabricarse o multiplicarse como las pompas de jabón. Y sin embargo, no faltan personas ilustradas que creen y declaran ser positivamente revolucionarios ciertos movimientos de cambio de amos o de « un ministro por otro », donde, careciendo sus dirigentes de fuerza moral para abstenerse de vanidades y ambiciones malsanas, se lanzan a la conquista del poder y la riqueza, sin tener para nada en cuenta los ideales ni la vida de las personas. Las revoluciones, cuando lo son de verdad — y esto acontece escasas veces en la historia — estallan y se produden arrolladoramente durante un corto tiempo — destruir no cuesta nada — para después irse desarrollando con esfuerzo y anhelo de vida vigorosa, pero sin llamara demasiado la atención por sí mismas, ya que lo constructivo que activa sin cesar, carece de espacio y tiempo que dedicar a los espectáculos circenses. Por ese hilo se puede sacar el ovillo de la verdad revolucionaria de ciertas guerras modernas, donde los intereses de casta o de partido, pretenden a toda costa hacerlas pasar por revoluciones.

De tal manera que puede afirmarse sin temor, como lo hace Relgis con ese su sentido sintético y creador : « Condenamos la guerra, pero condenamos también la revolución », sin dejar de ser — agregamos nosotros — revolucionarios decididos. Y

es que la revolución es antiguerrera — guerra es igual a esclavitud de vencidos por los vencedores — o no es tal revolución. La naturaleza no produce revoluciones criminales, sus cataclismos son siempre ascendentes y purificadores, van de lo estancado hacia lo liberado, siempre en busca de la dicha en la armonía. Rompe un dique para disolver los gérmenes de las aguas pestilentes. No crea pantanos « revolucionarios », ni de ninguna especie, contrá las corrientes puras por tiempo indefinido. Y lo mismo ha de ser entre seres humanos, manifestaciones supremas de la naturaleza : cataclismo social que emponzoñe más de lo que ya está, un ambiente dado, no es revolución, sino retroceso; lo que no rompa la nefasta empresa del Estado y busque la libertad y la justicia, es guerra fratricida, inútil estrago, fatídica, sanguinolenta, jamás revolución, con cuyo significado ningún aspirante a mendamás gubernamental, político, militar o religioso, debería poder permitirse el lujo de ensuciar con sus babas tan maravillosa fuerza de superior creación.

El humanitarismo relgiano, en sus diferentes aspectos, nos muestra los extremos que se tocan, frente a los cuales es necesario plantar la antorcha de la clarividencia y del análisis, si deseamos no ser engañados por nuestros anhelos de llegar rápidamente al conocimiento de la verdad. Coloca a quien comprende la esencia pura de tan importante idea, en condiciones de lograr resultados positivos de su capacidad. No permite el confusionismo de que se hacen eco las mayorías ignaras y cobardes, cuando se dejan arrastrar por los falsos conceptos de sus amos. El humanitarismo llama a la conciencia y al corazón de cada uno y de todos los seres racionales que pueblan el planeta, para que se dispongan a ser contribuyentes de sus esencias más vírgenes en el cauce natural de la vida que se desliza hacia el mar de la paz constructiva, del bienestar y de la libertad.

Sin raíces profundas en lo más cercano a la naturaleza humana, todo se tergiversa y se transforma en sentido negativo, marchando a pasos de gigante hacia el caos de la guerra en todas sus formas. Y si bien es cierto que ya a estas alturas la guerra ha sido ensayada por mil motivos diferentes, no hay que olvidar que así como tras ciertas libertades se escudan oscuros libertinajes, también ciertas llamadas revoluciones amparan el fratricidio y la esclavitud Resta saber — y el humanitarismo tiene esa finalidad primordial — si la guerra, al desaparecer por gigantanasia « revolucionaria », arrastrará con ella a nuestra especie o bien ésta reaccionará a tiempo de impedir su aniquilamiento en las fauces del monstruo y de superar, poniendo en acción directa todo su contenido vital, la milenaria disyuntiva de su evolución, lo que, en resumidas cuentas ,no sería otra cosa que el estallido de una verdadera revolución que arrollase todos los obstáculos que el autoritarismo opone al florecimiento del amor, la justicia, la libertad, la paz y la felicidad humanas.

COSME PAULES

---

(1) Eugen Relgis, « La paz del hombre », 144 pgs. Ed. Humanidad, Montevideo, 1961. (Pedidos : Ediciones Humanidad, Montevideo, Gaboto, 903, ap. 7. O : Buenos Aires, Lavalle, 2862, p. 3, ap. 9.).

De Don Quijote al Padre Diógenes

ES en 1921, en la rúbrica « Filosofía » de la revista « L'Epoque » que Han Ryner señala a los críticos que no la han descubierto, la comparación, que estima esencial, entre **Don Quijote** y su **Padre Diógenes.** Sin embargo, temblaba pensando « que cada lector hiciera una comparacion aplastante », cosa que le parecía inevitable.

« El Padre Diógenes está escrito con facilidad aparente que llega hasta imitar el descuido; pero quizá sus descuidos son sus mejores habilidades ».

Tras haber terminado con los críticos, Han Ryner arriesga unas reflexiones teñidas de una sonrisa indulgente y burlona hacia los que se preocupan del arte de componer bien más que del de examinar en psicólogo curioso. Por esto escribe : « Es abordable — el Padre Diógenes — a todos y todos creen comprenderle completamente. He hecho el experimento : divierte a los más simples y a los menos letrados. » No seamos sabios a posteriori. Recuerdo mi primera lectura del **Padre Diógenes,** ya hace más de un cuarto de siglo, y no tengo memoria de haber sentido en aquella época este paralelo.

« Pocos han señalado el parentesco de mi libro con ese Don Quijote que es uno de los cuatro o cinco monumentos humanos. »

Y bien, no fuí yo uno de ellos y no me da vergüenza confesarlo. Sin embargo, de Padre Diógenes he guardado muy buenos recuerdos. Recuerdo cuán grande era mi presunción, ya que joven, imaginaba identificarme en algunos aspectos con este personaje que me agradaba más allá de toda esperanza. Me había entusiasmado fuertemente por él al encontrarle, seducido por su manera de ver los problemas de la vida y por su desprendimiento ante algunas contingencias. Sin duda había descubierto bajo sus juegos burlones una filosofía que me seducía. Han Ryner encontraba en mí más razones aún de ser estudiado y amado. Quizá se descubrirían en una correspondencia intercambiada en aquellos tiempos, algunas líneas que le contaban mi estado de ánimo y mis alusiones al encuentro de mi pensamiento íntimo con el Padre Diógenes.

Pero dejemos contar al mismo Han Ryner el maravilloso parecido que ha descrito en su « vertiginosa construcción », en el que dice : « Cuando hace una quincena de años tuve la primer idea del Padre Diógenes, la rechacé, negándome incluso a anotarla, por parecerme venir muy directamente de la obra maestra de Cervantes. No obstante mientras lo descartaba, el proyecto continuó llamándose en mi pensamiento obsesionado el Don Quijote filosófico. »

Han Ryner tenía sus razones para hacerle pensar así, porque el « Padre Diógenes » así como el « Don Quijote » oponen el uno y el otro « una locura individual a la locura universal ».

Es por esto que Han Ryner diserta sobre Don Quijote, y su criterio se junta en el conjunto de todo lo que los espíritus advertidos expresan sobre las intenciones de Cervantes, a saber que no se debe considerar al Caballero de la Triste Figura « como un personaje exclusivamente cómico. »

¿Quién es el imbécil que enseña que Cervantes no ha querido más que hacer reir grandes y pequeños? ¿No hubo que esperar varios siglos para discernir « la sinuosa profundidad de sus designios y la calidad de sabiduría distribuída por su loco? » Y Han Ryner de agregar : « El loco que vendía sabiduría, es un título de La Fontaine que he pensado un momento tomar de nuevo y que Cervantes hubiera podido escoger. »

Pero tendría mal gusto en reemprender de nuevo lo escrito por Han Ryner para repetirlo torpemente. Cedamos la palabra al Padre Diógenes, o mejor dicho a Han Ryner hablando de su loco que vendía sabiduría : « Es loco por rehusar de escuchar su corazón. Prueba de impotencia a poner su ser en acuerdo y en equlibrio. Porque hay que sentir y pensar y no hay que pretender asentar su pensamiento privandolo de esta mitad de él mismo. » Han Ryner dirá en otro lugar : « Es quizá menos útil señalar que sólo un loco puede, con la esperanza de iluminar su razón, apagar las luces de su corazón.

El Padre Diógenes está loco, loco por ser ortodoxo, y su ortodoxia no tiene casi importancia porque « podríamos decir que piensa en subordinado », como otros pretenden imitar a Jesucristo o a Napoleón. « Para que reflexione medio sensatamente, tiene que descubrir entre sus maestros un desacuerdo y que Antistenes le obligue a dudar de Diógenes. »

Han Ryner describe al loco : « cualquiera que habiendo pasado la edad infantil, plantea sus problemas a alguna autoridad en vez de planteárselos a sí mismo. Llamo alienado a quienquiera se aliene. Poco importa por quién y por qué se ha alienado. »

Para Han Ryner el Padre Diógenes está loco porque quiere ser apostólico. Ignora la indispensable virtud que los estoicos denominan discreción. Y no lo son únicamente los cínicos, lo son todos los militantes de todas las religiones, de todos los partidos, de todas las afirmaciones y de todas las negaciones que se convierten en instrumentos de propaganda que fuerzan el tono con la absurda esperanza de conducir a los demás hacia la nota justa; los que con su desharmonía medio voluntaria imagínanse construir harmonías extranjeras. »

Y es entonces cuando Han Ryner precisa qué es lo que ha querido significar en la acción de su Padre Diógenes, el cual se deja manejar por viejos gestos de Crates. El Padre Diógenes no tiene por designios el combatir ciertas acciones sociales o anti-sociales. Ha querido, quizá, combatir el aposto-

lado, todos los apostolados. « Que lo logre o no aquél que se aplique a impresionar al prójimo se falsea a sí mismo », y continúa : « El verdadero individualista desprecia, tanto como mi héroe, a todos los lacayos.

Queda por meditar el artificio « genial » del Don Quijote, a reemprender los diálogos con reflejos risueños o serios, en los que Cervantes nos pinta a los hombres reflejándose en un espejo cóncavo o convexo, según las perfectas palabras del caballero o las imperfecciones de Sancho, incapaz de pensar. Pero los dos imponen sus observaciones en unas conversaciones de proporciones relativas. Gloria a Cervantes de haberles imaginado tales; su contraste es indispensable a la perfección.

Con qué acierto y seguridad de imaginación Han Ryner aborda la explicación de su Diógenes, « tema literalmente peligroso o por mejor decir desesperado. » Doce años de meditación que le costó su desobediencia a la repugnancia del tema imposible, han impuesta el tema útil. No es que no haya reflexionado a la manera de presentar las críticas sociales, pero la elección le permitió este crecimiento y este relieve. Escribe : « Hacerlas decir por un personaje... visiblemente indiscreto, me parecía un divertido y paradoxal ejercicio de discreción estoica. »

Y de hecho, ¿quién es el Padre Diógenes de Han Ryner ?

Profesor de universidad original que renuncia a todo para « identificarse » mejor con los cínicos que domina Platón.

Diógenes vestido de su sayal, Diógenes con su bastón de encina, se va por los caminos mendigando y predicando el evangelio de la naturaleza; se encuentra enfrentado con gendarmes, jueces y toda la retahila de perros de guardia de los regímenes de autoridad, del orden y de la injusticia. Pero Diógenes busca un hombre y para encontrarlo preconiza una acción directa : atacarse a los pilares de esta sociedad demente : academia, iglesia, cámara de diputados. Será encerrado como loco. Pero le resulta simpático al director del asilo y le libera. Nuestro Diógenes terminará su carrera de « bonachón » en su jardín como un Cándido que se ha encontrado a sí mismo.

Han Ryner reconoce, no sin malicia, que su libro « podía encender como un faro entre el abismo banal de Caribdis y el escollo de Escilo, entre la locura de la acción gregaria y la locura de la acción individual. »

Pero tendríamos que proseguir con la magnífica exposición de Han Ryner en la revista « L'Epoque », así como también con aquélla, que es una respuesta a la crítica elogiosa del « Padre Diógenes », de Georges Armand Masson (1) : « Las contradicciones harmoniosas » o « Individualismo y apostolado », para calibrar perfectamente la locura mezclada de equilibrio del Padre Diógenes.

« Hacerle contradictorio como la misma vida no era suficiente para poner en mi Padre Diógenes el grano de locura que algunos, demasiado fraternales, no quieren apercibir. He tenido que hacer de él el militante de una fórmula, el representante de una idea fija, el apóstol de una ortodoxia. Era necesario que su apostolado lo convirtiera en hombre que desentona con la esperanza absurda de atraer a los demás hacia la nota justa. »

Han Ryner no puede aceptar ni el elogio ni el reproche de ser el Padre Diógenes. « Es él, no yo, quien desentona. Lo presento en libertad un poco para que se le entienda otro poco para que nos demos cuenta de los inconvenientes de su prédica. »

Han Ryner rechaza el apostolado porque « deformando mis gestos y mis palabras ejercería lentamente sobre mi pensamiento una influencia nefasta. Mi egoísmo es singularmente altruísta y rechazo también el apostolado por apasionadas razones apostólicas. El verdadero individualista — más delicadamente apóstol, si se quiere — evita este resultado nefasto. No hace hombres porque los hombres no se hacen desde fuera. Hace un hombre. Pensameinto que irradia una acción; acción que precisa un pensamiento. » Han Ryner concluye : « Si quieres dirigirte hacia las mismas cumbres, tu sendero será quizá contiguo al mío, pero no podrá ser el mismo para los dos a menos que tu seas imitación o nulidad. »

Hace más de treinta años publiqué en diversas revistas una reseña de « El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes », visto por Han Ryner. He aquí lo esencial de aquel estudio.

Su héroe, altarnativamente enamorado, bohemio, soldado, cautivo, perseguido por la justicia, permitía, a los labios sardónicos del « Padre Diógenes », pronunciar pensamientos corrosivos que, si no pueden satisfacer ni complacer a los potentados de este mundo, no dejan de guardar un delicioso sabor.

Con profundo amor Han Ryner se ha inclinado hacia su héroe par aescrutarle y analizar su vida pobre, pero siempre digna, pese a tanta fealdad e ignorancia, y uno de los aspectos verdaderamente atrayentes del libro es el de descubrir el « Ingenioso Hidalgo » enamorado de las cosas bellas, él, ese incomprendido, ese desconocido, ese escarnecido, ese ser de aspecto orgulloso y noble, libre pese a ciertas apariencias dentro de una atmosfera inquisitorial

La sonrisa ingenua de su Don Quijote no es por eso menos fuerte y cuando llegue la hora barrerá impetuosamente las pestilencias que obstruyen el camino: todo le parecerá ligero, « monjes, inquisidores ,pequeños y grandes de este mundo, bajeza de los reyes, embustes de los pontífices », pero el derrumbamiento del pasado ¿hará surgir la promesa del porvenir y será mejor que el presente » Disminuirá jamás la locura humana? » « El catolicismo ha acumulado demasiados delitos para no reventar un día aplastado por el peso de sus ignominias, ¿serán mejor los pueblos que los reyes? »

Querríamos transcribir las improvisaciones 'de Cervantes con los bohemios sobre la libertad, porque « no hay entre ellos ningún familiar del Santo Oficio ni ningún católico que ame a su prójimo hasta hacerle quemar. Nobles bohemios que cantáis en las prisiones y os calláis en la tortura ¿sa-

(1) Cahiers Idealistes, octobre 1921. Reproducido en Cahiers des Amis de Han Ryner, núm. 55, 4º trimestre 1959).

béis ser mártires y no confesores », escribe Han Ryner. Comprendemos toda la ironía que pone en esta frase.

« Escucho siempre con respeto a quien no puedo acusar de hablar para su propia gloria : obispo que predica la pobreza, cura que ensalza la limosna, capuchino que recomienda la castidad. »

Recuerdo haber leído que se le reprochaba a Han Ryner el haber desatendido el escenario de su « Ingenioso Hidalgo », el no haber pintado a España bajo Felipe II, porque según algunos, sin los colores de su tiempo y lugar, Cervantes resulta inexplicable.

Para quien ha penetrado en el pensamiento de nuestro escritor, este descuido voluntario viene de su filosofía misma; Han Ryner no es objetivista, sino al contrario, subjetivista, y entonces ¿por qué nuestro filósofo ha de pararse en las « cosas » cuando lo que le preocupa son las « almas » ?

Sus confesiones de soldado que por tedio a la guerra se ha marchado del ejército, porque « la belleza del valor no es suficiente para ocultar la innoble fealdad de la crueldad », parecen repletas de reticencias deseadas, que Han Ryner no ha dejado de poner en evidencia.

Se revela aquí una prudencia bien necesaria en aquellos tiempos inquisitoriales y se desprende mejor su Hidalgo, que piensa antes en los suyos que en sí mismo, y quiere resguardar a su mujer y a su hermana de las crueldades de la Inquisición. Esta no es muy hábil para descubrir las ironías, por eso se arriesga a escribir : « La religión nos enseña muy solemnes necedades para no admitir fácilmente la ingenua buena fe de quien expresa una tontería piadosa. Empero es prudente no corroborar demasiado » y sin duda sus ojos debían chispear de malicia releyendo las últimas páginas de su manuscrito, « porque es la doble facultad de la fe quien nos hace afirmar lo invisible y negar lo que vemos ».

Poco católico para matar este perseguido mediante la justicia, que la dureza de los propietarios había condenado a tres mudanzas, no sin haberle previamente despojado de una parte de sus míseros muebles, nuestro héroe se consuela riendo porque no se conseguirá vencer la eterna locura humana « ni mediante la espada ni por el martirio, sino quizás por la sonrisa », porque « el pensamiento del poeta parábase un instante en los esfuerzos de Lutero y otros extranjeros para desembarazar al cristianismo de sus manchas más recientes, y hacerle volver a su simple nobleza antigua. Sonreía a la ferviente tentativa pero pronto sacudía la cabeza, alzaba los hombres y murmuraba : « ¡Rejuvenecer! » Lo mejor que podemos esperar es que veamos desgarrarse en la caldera al viejo malhechor, cuyas carnes no se adherirán más entre sí. Y además, ¿cuánto tiempo serían sinceros los reformadores? ¿Cuántos años serían necesarios para verlos semejantes a los sacerdotes y volverse explotadores y embusteros, y también persecutores de todo lo que podría mermar su poderío, a la par que conducirían hacia el abismo cada día más profundo de su avidez la oleada de las riquezas ingenuas? »

Aquí, como en toda su obra, aparece la enseñanza de Han Ryner, tendente a la realización de cada uno según la vieja fórmula de Sócrates : « Conócete a ti mismo ». No se aprende nada más que de sí mismo y de las circunstancias de nuestra vida; la experiencia directa es verdaderamente educativa; esto es lo que hace responder Han Ryner por su Cervantes a un joven poeta venido a turbar su retiro aportando toda su admiración al príncipe de los escritores españoles, y deseoso de oir de sus propios labios algún sabio y preciado consejo. « Cada uno debe avanzar por sí mismo. El tesoro que no ha costado ningún esfuerzo ¿qué valor puede contener? Busca y encontrarás. Encontrarás según la fuerza de tu espíritu y según la nobleza de tus sentimientos. »

Enseñar el alma de un ser humano « más mártir que los mártires », el cual bajo muecas voluntarias, bajo una leyenda deformada no ha dejado de ser eternamente grande y noble, porque « la mentira con que se apacigua a los locos, no es una mentira. Y si ésta impide a los locos hacer mal a los pobres seres sin defensa, es, al contrario, el más noble de los deberes. »

Esta fue la tarea de Han Ryner. ¿Qué puede, pues, el escenario si es el personaje quien perdura? Desde luego es un Cervantes bien « rynerano » el que leemos con deleite y amor, que así es de atractivo este « Ingenioso Hidalgo », escrito con notable estilo y del que desbordan meditaciones encantadoras y maravillosas.

HEM DAY

N. B. — Este personaje de Han Ryner me ha interesado verdaderamente y en diversas conferencias pronunciadas acá y allá, he intentado presentar este genio que he marcado con el sello de la libertad.

« Cervantès, génie de la liberté », será seguramente publicado en los « Cahiers de Pensée et Action ».

(Trad. de S. ROYO.)

LA VIDA Y LOS LIBROS

«ENCRUCIJADAS», por BOTELLA PASTOR.

«Huímos por salvar algo más que la vida.»
B. P.

(CONTINUACION.)

«ODIE la iniquidad y amé la justicia. Por eso muero en el destierro.» Frase cuya propiedad puede atribuirse a todos cuantos españoles pasamos la frontera el año 1939 y nos hemos mantenido firmes en nuestros propósitos de no colaboración con el asesino, vista hongo, mitra o kepí, se presente o no con corona real en la cabeza o sentado en imposibles arrepentimientos. ¿Qué significa algunos arrepentimientos? ¿Qué reflejan algunos reconocimientos? La historia nos lo dirá.

Botella toca con el dedo la llaga española. No la de ahora, sino la que tanto mal ha hecho siempre. Debido a una tradicional discontinuidad entre generación y generación, en España se han registrado fenómenos sociales y políticos escandalosos y negativos.

Como botón de muestra y ejemplos característicos de todos los tiempos tenemos la inquisición y los Fueros. Por oponerse al papado, el español por ser racionalista, por no comulgar con ruedas de molino se vio martirizado por el clero, que inventó la inquisición y mulitiplicó las hogueras contra la herejía. Fue en España en donde más estragos hizo tan triste institución y, sin embargo, los españoles son el grupo étnico que más incienso ha respirado, que más agua bendita ha utilizado, que más palios, alabastros, yesos, piedras y leños ha adorado. ¿Por qué? Por su falta de perseverancia.

Sus Fueros equivalen a primicias de regímenes constitucionales, datan dichos Fueros de muy remotos tiempos; sin embargo, a pesar de ser el español el primer aficionado a las constituciones, es España el país que menos constitucionalmente ha vivido, que más ha dejado hacer a la tiranía de un individuo o de una casta, que más pronto se ha sometido al mal, a la maldad política. ¿Por qué? Porque al español le falta tenacidad para defender sus ideales, porque el español es tan bueno que en cuanto una mona se le viste de seda, ve a la seda, no a la mona. La audiencia que el exilio concede a ciertos de los muy responsables de la degollina de 1936 no es más que otra prueba fehaciente de que la historia no se repite «es que sigue siendo la misma».

Por eso el libro de Botella es muy actual y oportuno, por eso hemos de reproducir algunos de los acontecimientos que él recuerda a los olvidadizos: «También se habla de Guernica y de García Lorca, de crueldades sin fin y de sangre a borbotones...» Eso es, un millón de muertos, la mordaza, dos millones de aspirantes a la fosa común, y aquí paz y después gloria...»

Ante un falangista que se presenta haciendo propaganda para la reconciliación «con todos los que no tienen las manos manchadas», el refugiado replica: «Tendría que alargarlas a muchos que sí las tienen...» Y así las páginas 68 a 70 en breves frases, pero patéticas, el autor hace dialogar al falangista que quiere que todos volvamos a España «como única salvación» y los desterrados que lo rechazan dignificándose en el destierro como única posibilidad de marcar su protesta: «Vivimos en mundos distintos. El diálogo es imposible.»

Que son dos mundos antagónicos, nos lo dice Unamuno, nos lo dijo cuando replicó al avechucho de Millán Astray. Dialogar con el asesino es animarlo para que continúe sus fechorías... «que Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos...».

He ahí. El problema español no es un problema de una constitución mejor o peor, de unos puntos más o menos acertados, de un dictamen o de un discurso más medido o comedido. Es un problema de fuerza. Lo demás, sin ésta, son pamplinas.

Sé y sabe Botella que este tema durará tanto como el exilio, y más. Sabemos todos que... si es verdad o es mentira depende del cristal con que... O como se lee en «Encrucijadas»: «Las opiniones en conflicto se inspiran muchas veces en intereses legítimos, y para cada hombre los suyos son tan respetables como los de cualquier otro.»

Aspecto correcto que tantas veces el español pierde de vista. ¡Intolerante!, ¡fanático!, te oyes gritar por tus propios correligionarios cuando te atreves a mantener una posición consecuente frente al fascismo y sus disfraces. Llegan incluso a asimilarte al bolchevismo del período bochornoso en que los bolcheviques no tenían más Dios que José Stalin. ¡Vendidos!, ¡traidores!, replican los insultados hacia los que piensan que la sonrisa puede ganar lo que perdióse por la fuerza de las cosas. Y así se llega al desconcierto de la familia desterrada, por conjugarse y converger en ella la ceguera y la impotencia.

Por ceguera e impotencia el Gobierno republicano ofreció a Mola el ministerio de la Guerra. Por ceguera e impotencia, ya en guerra, el Gobierno se negó a emplear el oro para la adquisición de armas. Por ceguera e impotencia aparecieron los trece puntos de Negrín. Por pusilanimidad e infantilismo en plena guerra el Gobierno decide desprenderse de las Brigadas de voluntarios que de las demás naciones llegaron a España. Por ídem de ídem, se creyó que lo que no hicieron millones de combatientes, podría hacerlo en 1945 el muy infeliz Gobierno Giral. Por ídem de ídem surgen a diario otras cosas, con éstas las consabidas ilusiones y acto seguido las desilusiones.

El estado demencial y apasionado que a veces se

respira no tiene diferente origen. ¿Todo por qué? Por falta de lucidez política primera y porque son pocos, muy pocos, los que pisan firme, ven claro y calculan justo.

A veces Botella hace razonar a sus refugiados cual si se tratase de verdaderos enfermos: «Tú tocas y cantas cosas tristes... Luego te sientes mejor.» Y... así, fuere por lo que fuere, sin necesidad de distribuir culpas ni buscar culpables, unos por otros, todos «Servimos de ceba e ese feroz Saturno de Goya».

¿Se pudo ganar la guerra? No importa, el caso es que se ha perdido. Se perdía una batalla y con ella un trozo de terreno que la «moral del día» exigía se camuflase diciendo que era una «retirada estratégica». ¿Qué es lo que no podría decirse con palabras? Guadalajara, Brunete, Belchite, Teruel, el Ebro, etc., toda una cadena de «retiradas estratégicas». Algunas genuflexiones de hoy también van revestidas de la misma estrategia. Pero aquí no interviene el factor hombre, sino «el factor político». Hoy el hombre es cualquier cosa menos hombre. En el mercado común, por ejemplo, el hombre es «factor de producción y de consumo». Los hay que hasta en lo social quieren reducirlo a ente sin condición innata, peculiar. Y Botella rozando el tema, concluye: «La humanidad se deshumaniza». O, en otro terreno, «las democracias no han llegado aún al fondo de su cobardía». Las democracias son los demócratas. ¿No hay de éstos quienes ponen en igualdad de condiciones la actitud de las dos Españas enfrentadas, diciendo el «y nosotros ¿qué hicimos? Pues sí, los hay. ¡Oh, Espartaco! ¡Cómo manchan tu nombre los que se dicen herederos tuyos!

Pasa en revista las batallas y menciona la huída. Desterrarse y huir son sinónimos. Mas, dice el autor, «huímos por salvar algo más que la vida». Razón tan olvidada. Entra en juego el hombre muy por encima de su circunstancia, todo y admitiendo, como dice Ortega, que somos uno y otra.

¿Sueños, realidad? ¡Vete a saber! Diremos como la judía del barco: «Mi realidad es haber visto a la Gestapo sacando a rastras de casa a mi padre y hermano... desapareciendo sin dejar rastro.»

Realidad parecida a la de muchos españoles que recuerdan sus meses de celda condenados a muerte y obligados a cantar el fatídico y criminal «Cara al Sol»... para, logrado el destierro, verse tratados de intolerantes, de fanáticos, de no sé cuantas cosas más, si fruncen el cejo cuando se les recuerda dicho himno.

¡Ingratitud humana! Bien dice «el Málaga» que vale más «Cuidarse de burro, mula y animal amaestrao, porque son más agradesío que lo hombre...»

En fin, Botella habla del «Vita» y de su misión, de la República, de los principios sociales, del papel que juega el rencor, de la necesidad de libertad, del infierno, de la juventud. Todo con gracia y con sustancia; refiere que las ciudades des destierro español son Toulouse, Colliure, Prades... Residencias populares: los campos de concentración, «Rumor la vida toda, rumor del viento rasgado en las púas, rumor de la muchedumbre, coro inmenso de pena interior y quejas distintas. Las horas e ideas se confunden en un caos de albas y ocasos cada vez más alejados del buen amanecer.»

Hay quien desespera y lo mismo se agarra a la corona de Juan que al orinal de Dionisio. Para éstos también «Encrucijadas» dice: «Vuestro desesperar tiene mucho de egoísmo. La humanidad no empezó cuando vosotros nacistéis ni terminará con vuestra muerte. Nosotros somos mucho de nuestros padres y no poco de nuestros hijos.

A veces se nos pide el no ser nosotros... como si fuera posible el adaptarse a no ser tú. Por momentos, ni aun «el consuelo de la noble amistad nacida en la desgracia» queda ya.

Y la triple lección que Botella nos da con su libro fortalece al individuo, al hombre de Stirner, a ese hombre que sin ser asocial, fía más en sí mismo que en los demás y en carrera hacia el futuro consecuente y segura alcanza al poeta para decir juntos:

> No busques nada fuera de ti mismo,
> todo en tu propio corazón lo tienes.

Y... concluímos nosotros, poniendo el tuyo por delante, a una suma de corazones hay que ir.

Esa es nuestra esperanza.

M. CELMA

N. B.—«Encrucijadas» se vende en todos nuestros servicios de librería.

El universo de Alaiz

IV

DETALLES y color aparte, en el fondo la historia no es que se repita, es que siempre es la misma. La «memoria corta» que un hombre de Estado atribuyó a los franceses no es propiedad exclusivamente gala. También los españoles adolecemos de la misma enfermedad. Y lo extraordinario del español es que siendo un indiscutible humorista, se regocije tanto en la tragedia cuando ambos estados anímicos son incompatibles. Viendo cómo de la última tragedia española surgen cosas de tanta comicidad cual las que se ven hoy día (Munich con amigos enemistados, con enemigos reconciliados, con el lazo de la ambición, el deslumbre o la inocencia que a todos arramaló, etc.), el extranjero nos mira con sorpresa, e incrédulo se pregunta: ¿Pero?; y tras una pausa, estupefacto y con cierto retintín, concluye: ¡Cuán voluble eres, qué inconstante!

Alaiz vio siempre en los besuqueos políticos el signo de la decadencia. Y no es que fuese rutinario en nada; menos aún en materia revolucionaria, en la cual, aunque parezca contrasentido, también hay rutina. Hasta negaba que el fundamento revolucionario tuviese «táctica» establecida. Se negaría a sí mismo, decía. «La tierra agrietada por una explosión revolucionaria podría ser maternal. ¡Vivan las grietas!»

Nos pasamos la vida, decía, desafiando a todo el mundo. Y esto, que no tiene ninguna virtud, que acaso sólo tiene una: la cara de serios que ponemos cuando hablamos, tendría más trascendencia si consiguiésemos reducir a mitad la jornada hablada, y quintuplicásemos la tenacidad, la perseverancia.

Políticamente, lo consecuente y recto no se encuentra más que en el ruido. Destino nunca rectificado: «la bullanga».

La mayoría de los políticos regionalistas no buscaban más que obtener categoría nacional, para su cartera unos, para su fajín otros.

Hasta la poesía, dice, era en muchos hombres un instrumento político.

De Campoamor, por ejemplo, dirá: «Para él lo interesante era ser gobernador. Las doloras fueron su credencial.» La misma cualidad atribuye a «El tren expreso». «El que diga de un bando de Campoamor, ¡Admirable ejecutoria poética!, dirá una gran mentira.»

Pero Alaiz goza inmensamente cuando de los poetas puede referir conceptos sociales que revolucionan las costumbres, aun sin proponérselo, a veces, los mismos autores. Ahí está, como muestra, lo vistoso que coloca la idea que, sobre el honor, expresa Bartrina:

¿Un hombre del siglo ignora
lo grande que es el honor?
pues yo se lo probaré,
verá usted:
Si se atreve un periodista
a decir en su diario
que fue un tiempo presidario
quien hoy es capitalista,
tal vez será un error
si el aludido en tal trance,
da muerte al otro en un lance
llamado lance de honor.

La voz del caudillo escucha,
y, en el fragor del combate,
no hay quien no muera o no mate,
aun sin saber por qué lucha.
No le da al caudillo horror
de aquella gente la suerte
y da a aquel campo de muerte
nombre de campo de honor.

Cánovas fue un monstruo, Canalejas otro, Dato y todos los que les han seguido en matanzas de trabajadores, idem. Cuando estos mueren, para el cronista —mercenario de la mercantilizada sociedad— ha ocurrido una desgracia. Con parcialidad manifiesta se acusará al que ajusticia sea éste resbalón, hombre o microbio.

Para los que confunden belicismo profesional y violencia revolucionaria, la dignidad del hombre con la petulante fanfarronada, Alaiz ofrece Espronceda, que también confunde una y otra. Para ello pone frente a frente «Oda al 2 de mayo», que Alaiz llama «ripio de vulgaridades y festival cuartelero» y «La canción del pirata», en donde «se deja sentir la libertad como necesidad vital. «Y si caigo, ¿qué es la vida? Por perdida ya la dí cuando el yugo del esclavo como un bravo sacudí...»

Estudiando el carácter, dice que el clima es lo que más influye. Ves y visita en tiempo de bonanza. Esta resta a todos irrascibilidad. Otra de las influencias a las que no escapa el carácter es la provocación. Así le ocurre a Amadeo, «carácter acre». Y Alaiz agrega: «Los hombres contrariados por la falsedad del ambiente, han de pasar por la desgracia de tener que protestar demasiadas veces y sus opiniones se producen con acritud, mediante la estolidez de los días.»

En Feliciano estudia también el carácter, es decir, Feliciano es prenda anatómica del carácter.

En fin, quien quiera conocerse a sí mismo, que estudie a Quinet, Amadeo, Lecina y Feliciano, personajes de «Quinet».

Para hundir la acritud de carácter no hay más

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

que el humor sabroso. Entre los más recomendados por Alaiz se encuentra toda la obra de Ramón de la Cruz y, en particular, el humor que se vive en «la casa de Tócame-Roque» y «El Muñuelo». Ya dijimos que en su selección Arniches tenía plaza privilegiada.

Ramón de la Cruz tiene personajes que merecerían más popularidad. Su casticismo es tal que debería ocupar primer orden en las leyendas y dichos españoles. «La Pintosilla», por ejemplo, es todo humor y alegría:

«Al aire de mis fuelles
y al de mi garbo,
el mayor edificio
se viene abajo.
Ninguna campa donde yo campo.»

Como Pintosilla sólo hubo un Castelar. Aquélla distinguida por su garbo, éste por su oratoria. Muerto Castelar, en España se acabaron los oradores, nos dice. «Vázquez Mella fue un latiguillo, Maura un petulante. Un tartamudo era preferible a Melquiades Alvarez. Genio oratorio es reconocido en Goicoechea y en Alcalá Zamora.» Pero, agrega, lo hacían de tal forma que sus discursos no son buenos más que para los que se hondulan el cabello. De Castelar dice: «De nacer en Francia, hubiera sido Castelar uno de esos socialistas millonarios que tienen un castillo histórico, que dan banquetes para presumir de millonarios y pronuncian discursos para presumir de socialistas.»

Sin embargo, de Cánovas dice que «sus versos le valieron de recomendación para ser ferroviario. «Angiolillo era más inteligente. Para él como para Pons Humbert, Cánovas era un monstruo.»

Receloso de todos los gobernantes, rancios o en hierba, su reacción no pasaba de eso: del recelo. Para catalogarlos aguardaba a hechos directos e indesmentibles. En algunos casos llegaba incluso a profesar cierta estima. Del recelo hacía una cosa íntima. Así le ocurrió con, por ejemplo, Castrovido. Un mal día éste votó las deportaciones a Fernando Poo. Primera carta credencial para resbalar hacia los monstruos.

Rojas, y con él su «La Celestina», ha tenido en Alaiz un gran admirador. Rival en admiración del infatigable y culto J. M. Puyol.

Inseparables como son de la clase media muchos de los personajes que él examina, Alaiz nos conduce, sin caer en la facilidad de la generalización, de las entrañas del fulano a los pormenores del medio social burgués. Hundida la aristocracia, era indispensable otro monumento de mentiras: la burguesía, la clase media; «los condes se arruinaban y los jesuítas llamaban a la clase sucedánea, formada por una burguesía rapaz». ¿De qué materiales estaba compuesta ésta?: «de usureros, compradores de bienes nacionales, empresarios de nacientes obras públicas, banqueros y comerciantes, cuya consorte soñaba con los jesuítas como si fueran unos ideales maestros de ceremonial y doctores en etiqueta mundana». «Materiales que ya tenían un piano con teclas quejumbrosas.»

En la «opinión pública» no había plaza más que para la de la clase media.

La humanidad no estaba dividida, sin embargo, en individuos sin defensa ni intentos de defenderse y clase media dominante. De vez en cuando surgían agrupaciones tendentes a ejercer presión moral sobre ésta en favor de aquéllos. Así aparece, burgués y todo, el Club de los Numantinos. Otras veces se presentan bajo el nombre de Academias, Ateneos, etcétera. Algunos conceptos contradictorios en los hombres de letras y poetas se explican cuando se sabe qué orbita giraban. Las contradicciones de Espronceda, y es un ejemplo, aparecen al ritmo de las influencias que sufre: «La primera, del poeta Alberto Lista; segunda, la Academia del Mirto; tercera, el Club de los Numantinos; cuarta; la cárcel-convento de Guadalajara.»

Paralelamente a esas contradicciones de los hombres cultos, y a ese liberalismo sin raíz de la clase media, pululaban, en la política de las naciones, militares como Prim, pongamos por caso, que «pasando por gran liberal» —o quizá por eso, decimos nosotros—, se permitió en 1847 decretar en Puerto Rico su famoso Código Negro «azote de esclavos que se permitían la libertad de no querer serlo».

Hoy la política es riquísima en acontecimientos con participación de militares. Lo ha sido siempre España. ¿No tenemos a Cabanellas, general «izquierdista», convertirse de la tarde a la mañana en primer presidente de la muy triste y sanguinolenta Junta Facciosa de Burgos? Y, si de fronteras afuera vamos... colorín colorado.

La cuarta carta era jugada por el clero. No por ser cuarta la menos inteligente. La carta del granuja. En el mundo religioso distingue dos comunidades distintas: la del cura de aldea y la del alto clero. «Cuando un herrero no quería trabajar en la fragua, aprendía dos cuartos de latín y se hacía clérigo, dejando pompas y vanidades en la herrería para consagrarse a la divinidad, confesando dueñas lozanas que no hubiera topado ciertamente en la fragua».

A veces, el complejo de inferioridad que resentía el párroco frente al médico provocaba en el primero «más deseos de abrazarle y confesarse que de confesarle». Que hasta ahí llega la virtud de la inteligencia cuando está en posesión de dos hombres honrados, aun en la equivocación.

Cuando el cura no es tonto y se niega a ser granuja, se hace cazador; al celebrar la misa piensa más en las liebres y perdices que en la Pasión y el Gólgota.

Si el cura es inteligente, hace como hizo el padre Coloma: «Vivió en vilo entre amores y amoríos, escribió novelas y ensayos históricos y murió con aureola velada, no se sabe si de santo o de diablo.»

Tontaina o despierto, cada uno se aplica aquella fábula de Samaniego:

«Y contesta el can:
¿Acaso no soy yo lo que es un conde?
Para no trabajar debo al destino
haber nacido perro y no pollino.»

El mundo extraordinario y repleto de fenómenos,

Versiones

por DENIS

El muerto

ERASE un muerto que hacía mucho tiempo que se había muerto, y al que, en todo el tiempo que hacía que se había muerto, nada digno de mencionar le había sucedido. Era el caso de todos sus compañeros. La vida de los muertos es una vida sosegada, tranquila, sin sobresaltos. Duermen, tanto como quieren, charlan con los vecinos, sin cólera ni amargura, pasean y van, cada día, a saber noticias del mundo por los que llegan.

Este entretenimiento es el que más le excita. A veces, rara delicia, hasta perder la tranquilidad y el sosiego. No porque las cosas que cuentan los recién llegados les admiren, sino porque les ponen en la más extraordinaria confusión. Casi todos han muerto en la creencia de que el mundo tenía remedio. Piensan, oyendo a los que llegan, haberse engañado. El mundo, si se interpretan bien los relatos de éstos, está cada vez más lejos de una salida cualquiera hacia algo soportable.

Cuando los muertos recientes, con ánimo de asombrarles, le hablan de los adelantos inimaginables que se han hecho en los últimos tiempos, sonríen. El hombre no es sólo el único animal que ríe, sino también el único animal risible.

Algunas veces la sonrisa se transforma en risa franca. Eso de que los muertos recién llegados crean, a pie juntillas, que los hombres progresan porque inventan cada día nuevos juguetes con los que luego se matan, provoca verdaderas tempestades de hilaridad entre los muertos antiguos.

Sucede frecuentemente que las cosas que cuentan los muertos nuevos son tan increíbles, que la confusión de los muertos viejos pasa a ser tormento. Afortunadamente, por pocos instantes. A los muertos les es fácil olvidar. Como a los vivos. Lo mismo en los muertos que en los vivos, el olvido es fuente de vida.

El diálogo entre los muertos viejos y los muertos nuevos es cada vez más difícil. Antes, a un siglo de distancia, unos y otros hablaban, en el mismo lenguaje, del mismo modo. Ahora, pocos años de intervalo bastan para que apenas se entiendan. Hablan los que llegan otra lengua, y parecen llegados de otro mundo. Los muertos viejos saben que no es así. Saben que los muertos nuevos llegan del mismo mundo que ellos dejaron, que no se ha transformado, aunque es distinto, que sólo ha cambiado, por decirlo así, de traje.

No sienten los muertos viejos la nostalgia de la vida. La muerte es absurda, pero la vida lo era más. Basta escuchar a los que llegan para percibir que la absurdidad de la vida no ha disminuído. Todo en ella es correr tras las cosas, que sólo son apetecibles cuando no se tienen. Lo terrible de la muerte es que con ella se tiene aquello tras lo que se ha corrido : la tranquilidad, el sosiego. Frutos podridos. No hay mayor desdicha que poseer lo que se desea.

Los muertos recientes llegan todavía con el gusto de la vida en los labios. Quieren las cosas, los pobrecillos. Aún no han sentido bastante su sabor de ceniza. Por eso se extienden en cantos ditirámbicos de sus conquistas. « Hemos hecho esto y esto — dicen— y estábamos a punto de hacer esto y lo otro». Y cuando los muertos viejos les preguntan, con su habitual sonrisa, que se torna aquí un poco misericordiosa : ¿Para qué?, explican para qué, pero sus explicaciones no tienen sentido.

El que más preguntaba : ¿Para qué?, era el muerto de esta historia — los muertos tienen también historia —, que era un muerto desdichado en su tranquilidad y su sosiego. No habría dado ni un paso para volver a la vida — ¿para qué? —, pero eso de haber llegado al fina de todo y ver que el final de todo era eso : el final de todo, le desesperaba. Hubiera querido, sin vivir, puesto que la vida no habría sido una sorpresa, aspirar a algo, no para alcanzarlo y descubrir su fealdad; a algo que no

---

queda completado analizando el combate que contra la carne libra Teresa de Jesús, y Alaiz nos aconseja leer, además de las obras de esta monja, «Paralelo entre Safo y Teresa de Jesús», que tan magistralmente escribiera la valiente poetisa Carolina Coronado.

Frente al conde y al cura, «que para no trabajar deben al destino...», etc., frente a Fernando VII, frente a la impotencia en que murió Mariana Pineda y a la comezón por la que se moría Teresa de Jesús, ¿qué ofrecen los inconformistas?: las Cortes de Cádiz; bello canto... «De codornices como eran los diputados de aquellas Cortes.»

De tinte distinto era el gran Joaquín Costa. «Costa parece a ratos un investigador escandinavo, a ratos un ingeniero forestal alemán, y a ratos un internacionalista. Pocas veces parece español.»

Y cuando Alaiz dice del más español de nuestros sociólogos que «pocas veces parece español», significa que así es por la originalidad que preside el pensamiento y la obra del hijo de Graus, yendo a lo vivo de los problemas españoles, contrastando con la cursillería, puerilidad e inconsistencia de los «fabricantes de textos» políticos, religiosos o simplemente literarios, «nacidos perros para no trabajar», según el conde de Samaniego.

«¡Feroz antagonismo español! Por un lado la sabiduría excepcional de Costa; por otro, la incultura absolutista de sus afines en estoicismo.»

«Sólo podemos simpatizar con lo sustantivo de la obra de Costa, primer polígrafo de España, los adversarios de la política.»

(Continuará.)

M. C.

se pudiera alcanzar jamás, sabedor de que no lo podría alcanzar jamás. Desearlo siempre y no tenerlo nunca. Unico modo de gozarlo. Lo que importa es el camino, no lo que hay al final del camino. Lo que hay al final del camino es siempre desilusión, muerte del deseo, sabor de cenizas. La muerte, final del camino de la vida, ¡qué desencanto! Las conquistas del hombre en la vida, finales de camino, ¡qué miseria!

Llegaban cada día grandes multitudes de muertos. Aunque no hubiera guerra. Por lo demás, los muertos de la guerra eran ya, en su mayoría, unos muertos que no contaban. Llegaban en fragmentos. No había nadie que se ocupara en buscar, entre el montón de miembros separados, cuáles eran de éste, cuáles eran de aquél. Pudrían, sencillamente, en la misma confusión en que llegaban.

Pocos de los muertos que llegaban, en tan gran número, habían muerto de muerte natural. Casi no llegaban ya muertos de muerte natural. Todos habían sido víctimas de algo. Algunos lo pregonaban con orgullo. ¡Tiene tan pocas cosas de que enorgullecerse el hombre! Hasta los aplastados por un automóvil se vanagloriaban. Se juzgaban víctimas del progreso, y juzgaban un honor ser víctimas del progreso.

Un viejo muerto de vejez era un espectáculo singular. Todos le visitaban, y todos le asaltaban con mil preguntas. Era, en general, un hombre de alguna comarca atrasada, sin comodidades, sin higiene. ¡Sin higiene! ¡Qué caras de asombro entre los jóvenes nacidos, criados y muertos con todas las reglas higiénicas!

El muerto de esta historia se enredó un día en una discusión inextricable con varios de los jóvenes recién muertos, empeñados en hacerle comprender que el mundo estaba en camino de ser salvado por los hombres de ciencia. Los muertos viejos, oyendo a los jóvenes, sonreían, sonreían, más misericordiosamente que nunca. El muerto de esta historia, tan descontento de la tranquilidad y el sosiego de la muerte, miraba a sus adversarios, inocentes, inocentes, con más pena que cólera.

Luego, cuando se hubo retirado con sus vecinos, no habría sabido decir cómo, se encontró en el mundo en vías de ser salvado por los hombres de ciencia. En una ojeada, no habría sabido tampoco decir cómo, lo vio por entero, hasta en sus últimos rincones. ¡Qué angustia! ¡Qué inmensa, qué desoladora angustia!

No tuvo tiempo de prestar gran atención a las cosas más bien cómicas. Era verdad, como contaban los muertos de los últimos tiempos, que los hombres se trasladaban de un lugar a otro metidos en caja, como mercancías. Cajas veloces, veloces, que iban hasta por los aires. Era verdad que se conservaba, como el pescado, en otras cajas, pequeñas, lindas, la voz del hombre, y la música. ¡Música en conserva! Era verdad que en salas llenas de gente, sobre un lienzo, aparecían sombras de hombres que danzaban, cantaban, decían y hacían mil cosas estúpidas.

No tuvo tampoco tiempo de prestar gran atención a otras cosas que no le parecieron cómicas, sino trágicas. Pero las vio. Vio que los hombres eran menos hombres que en su tiempo, y las mujeres menos mujeres. Vio que la nobleza, que es lo único que podría considerarse un progreso, no era mayor que cuando él vivía. Vio muchas cosas más, pero no pudo detener la mirada en ellas. Porque, dominándolo todo, estaba la obra de los hombres de ciencia que iban a salvar al mundo. Gracias a esa obra, en unos segundos eran asesinados millares y millares de seres humanos. Y al ver esto, que apenas le dejó reposar la mirada en nada más, fué cuando surgió su angustia, inmensa como el mundo. Sudaba, sudaba. Nunca había sudado así. Ni cuando su agonía. Era un sudor frío, mucho más frío que la muerte. Un grito subió a su garganta. Pero no pudo lanzarlo.

En este momento se oyó llamar por su nombre, con una voz tierna, que era su consuelo.

— ¿Qué te sucede, qué te sucede? — decía aquella voz, dulce como una canción de cuna.

Era uno de esos vecinos que le vió agitarse, que le vió pronto a lanzar el grito que no salió de su garganta.

Venciendo su angustia, ya aliviada por la ternura de aquella voz, el muerto se incorporó, abrió los ojos, miró en torno suyo con un espanto que espantó a su vecino, y respondió :

— Soñaba que vivía.

Opiniones de Samblancat sobre la mística española

ESTOY enfrascado en la lectura de las obras completas de la Doctora del Carmelo, de la que sólo conocía « Las Moras o Moradas », la no muy mala « Vida », las « Fundiciones », digo « Fundaciones » y parte del Epistolario. No recuerdo si fue consecuencia de la primera visita que hice al « Castillo Interior » de la Santa un artículo que hace años publiqué en « El Diluvio », de Barcelona.

A pesar de la irreverencia un tanto burdégana con que juzgué a la sazón a la Madre de la Descalzez, declaro hoy sin ambages que Teresa de Jesús e Isabel de Castilla — la llamada Católica — me parecen las mujeres de más fibra y temple en la Historia universal.

Ninguna de las dos debe su notoriedad al sexo y, como la ternera, a la finura de su solomillo; a haber sido, como la mayoría de las hembras de rompe y rasga del Olimpo y del Parnaso, dos ninfómanas indecentes o dos sanguinarias hienas.

Isabel no hizo más que esto : asociar con su matrimonio las behetrías de Castilla y de Aragón, consumando la unidad de mando peninsular, echar de Granada a los árabes, empujándolos hacia el futuro ferrocarril transahariano; alentar los sueños y las empresas de Colón, dando lugar al descubrimiento de estos nopales.

Y no es que a mí la obra imperial del castellanismo me haga muy feliz. La Historia es una historia, una escorpionera y un melonar. La unidad hispana debió presidirla el espíritu federativo de la Corona de Aragón. Los moros debieron expulsar de España a los cristianos o cristeros, y no viceversa; porque los cristícolas eran de los dos bandos el más bruto. A América la hemos infectado de soldanatos de la gachupinalla. Pero...

La Cepeda sembró de eremitorios del Carmen a Andalucía, a Castilla y a León, fundando sucursales de ese trusts o kartel ascético en Avila, Segovia, Salamanca, Soria, Burgos, Valladolid, Sevilla, Granada, Palencia, Toledo, Medina del Campo, Pastrana, Alba de Tormes, etc.

El expansionismo territorial depredador de la primera dama de Castilla obedece a la misma celestial inspiración rapaz, al mismo posesorio furor, que el proselitismo religioso de la ilustre priora del convento de la Encarnación de Avila; de la que nos ha dejado una estampa legañosa Fray Juan de la Miseria, pintamonas que, aunque discípulo de Sánchez Coello, «no era artista muy primo».

La prelada de la Encarnación llevaba, de chica, una falda de color naranja, ribeteada en los bajos de una triple orla de terciopelo negro.

La hoguera de la sed de cielo sobre un montón de infernales tizones y de pasiones negras, que fue toda la vida de la reformadora carmelita, no podía tener un signo gráfico más neto que ese indumento aldeano. Y no sólo el torbellino que arrebata a la reverenda madre fundadora refleja esa trapa, sino el volcán que llevan dentro todos los extralúcidos españoles : Juan de la Cruz, Luis de León, Malón de Chaide, Diego de Estella y otros.

¿Qué es el cuaquerismo del Siglo de Oro de nuestras Letras y de nuestra hegemonía teológica? Una picaresca al revés. Una pornografía piripitipesca, disfrazada de devoción y de piedad. En suma, una evasión del « in pace » en que nuestros ingenios del siglo XVI languidecían y se atufaban. O sea la forma de penitencia y de inconformismo, que el espíritu humano podía adoptar en tiempos de Felipe II y del Oficio Santo de achicharrar herejes.

Es imposible que el primero de los adelantados de Avila de los Caballeros, que fue nuestra Virgen campeadora, creyese en Dios, en la Trini y otras ruedas de moler. Ni que el niño Jesús, de mejillas más sonrosadas que un trasero barnizado a mimos, le pareciese criatura más adorable que un « poupon » de carne y hueso. Ni que en sus desasimientos y éxtasis hubiese más exaltación de espíritu que desmayo y rijosidad materiales; y fuesen esos desvaríos otra cosa que una oración a San Andrés, patrón de las damas que quieren tener hijos y no lo logran más que cambiando de santo de su devoción.

Admiramos francamente el despejo de Doña Teresa. Amamos « corde totissimo » su anaranjada basquiña, con los brazos del demonio pecador enredados entre el « chantilly » de las piernas. Nos conmueve el jarope con que regala al Esposo, muy superior a la melusa de que Safo riega profusamente a Faón.

Para nosotros el fenómeno teresiano no puede ser más explícito. Teresa se refugia en las nubes, porque no hay para ella piso y tierra firme aquí abajo. Retoza con los ángeles, porque rehusa tomar chocolate con la piara frailona que conoce. Hace entrega total de sí misma al Creador, porque el hombre común o de los Comunes y el Lord de su tiempo le lustran de baba las naranjas de su inocencia sólo con rozar la fimbria de su hábito carmelitano.

COMO TORO DE LIDIA

(CONTINUACION)

— Que Dios te pague la mucha satisfacción que me ocasionas con tu presencia — me lanzó como primera providencia don Justo al tiempo que del lomo de la jaca iba a caer en sus brazos.

— Gracias, Padre, y dígame sin más tardar cómo anda de salud — repuse yo ya decidido a demostrar a tan virtuoso varón mis capacidades oratorias.

— Bien, sobrinito, bien. ¿Y tú? Encantado, sin duda. ¡Con lo hermoso que te has puesto!

Te han dado un nombre que te va como anillo al dedo con tu prestancia : Niño de la Victoria. Hermoso nombre en verdad, ¿no te parece?

— Tío, no olvide que no es el hábito el que hace al monje.

— En este caso, sí. Apuesto a que eres el mejor torero no ya de los presentes, sí que también de los ya idos.

— No blasfeme, Padre, no blasfeme. Peque yo, pero no usted.

— No olvides, sobrino, que donde hay sinceridad no hay pecado. Cuando se dice lo que se siente honradamente, no se peca, salvo si con lo dicho se ofende a Dios.

Y mi tío se lanzó sin más en un escarceo selmonico al que para poner término hube yo de dar señales de fatiga y de apetito. Entonces, cogiéndome cariñosamente por el brazo, me introdujo en su casa a través de un corredor amplio y limpio y me llevó a su comedor, donde me invitó a tomar asiento cerca de una mesa, mientras él salía de nuevo gritando con aquel vozarrón del rudo campesino que olvida que es cura :

— ¡Remedios!... ¡Remedico!

Pronto apareció la solicitada, viejita con más arrugas en su diminuto rostro que años sobre sus escuálidos y huesudos hombres.

— Ya sabe que no estoy sorda, buen Padre — dijo malhumorada la viejita. ¿Qué desea? Hable, que aquí estoy para servirle, don Justo.

— Que ya tenemos entre nosotros a mi sobrino el torero, ¿no lo ve? — dijo mi tío.

— ¿Qué dice? ¡Mira qué pena! Llegar a viejo es verse abandonado de los cristianos y de Dios. Cada día oigo más mal y cada día veo menos, ¿es que no se da cuenta, Padre?

— ¡Vaya si me doy cuenta, abuelita! Ciega como la tempestad y sorda como una montaña.

— ¡Vaya por Dios! ¡Mire usted que decir que estoy sorda! Verdad tenía que ser y usted como buen cura no había de creerlo. O, creyéndolo, no decirlo, u obligado a decirlo, jamás confesarlo delante de mí, don Justo. — Y Remedios cogió su delantal para secarse sus lágrimas, que resbalaban mejillas abajo como si fueran granizos empujados por el viento.

— Pero, mujer, deje el llanto para más tarde — gritaba mi buen sacerdote —. Cada cosa en su lugar y a su tiempo. Ahora lo que urge es dar de comer a ese ángel de Dios, Remedico.

Dicho esto, cogió mi tío a Remedico por el brazo y la empujó hasta colocarla tan cerca de mi persona como le fue posible.

— ¡Jesús, María y José! —gritó la viejecita—. Pero, ¿cómo no me dijo que teníamos visita?

—Pues, para eso le llamé, para decirle que le sirviera de comer y de beber y cama para dormir, si es que está cansado.

— Pues, por ahí tenía que haber empezado, padre.

— Ya lo hice, abuela, pero, usted no me oyó —gritaba indignado don Justo.

— Oírlo, sí que lo oigo, lo que pasa es que, sin querer ofenderle, padre, usted se lía a veces y en vez de hablarme en castellano se pone a hacerlo en latín y yo como soy buena cristiana antes de ofenderle haciéndole ver su error, hago como que no oigo.

— Pues que Dios lo tenga en cuenta y dése prisa ahora por socorrer a mi sobrino, abuelita.

— Con mil amores, padre... Pero, ¿ha dicho «su sobrino», padre?.

— Eso mismo, abuela. Mi sobrino.

— ¿Carnal o postizo?

— Postizo y carnal, señora Remedicos. Ande. Déle de comer.

— ¡Ah!... sí, eso. Es el torero de Almayate... Mira que con los brutos que son en su pueblo y lo fino que se ha vuelto él.

— Pero, ¡qué está diciendo, mujer del señor! —gritó el cura.

— ¡La verdad! Que para transformarse de rústico en rey no hay más que oficiar de cura o hacerse torero.

Y dicho esto salió Remedios del comedor más lista y rejuvenecida que cuando entrara. Mi tío movía la cabeza queriendo imprimir a su rostro un aire resignado propio de su alto ministerio, pero que no lograba asimilar.

— Bien, he de tener paciencia con ella, pues hace más de veinte años que convivimos juntos. Pero hay momentos en que la paciencia me falta y que Dios me perdone. Cuanto ella no ordena, está mal pensado y peor hecho. Señor, que la recompensa sea tan elevada como larga y penosa es la penitencia —concluyó don Justo, santiguándose y musitando algunas palabras en latín.

Remedicos volvió trayendo platos, cucharas y cuanto era necesario para servir la comida y, sin decir una palabra y sin cesar de mirarme con su natural mirar de ratoncillo malicioso, fue colocándolo todo ante mí con refinada meticulosidad. En seguida volvió a desaparecer en el corredor.

— Ya le pasó el mal humor. Pronto la oirás cantar —dijo el parroco—. Y continuó: Come en seguida; si el cuerpo te lo pide, vete a la cama. Pero no olvides que esta noche estamos invitados a cenar en casa de unos amigos. ¿Ya te he dicho que tenemos aquí al gobernador de la provincia?

— ¿En esta casa?

— No. Esto no es presentable. La comodidad es poca y mucha la decrepitud. Pero somos amigos ya —terminó diciendo don Justo no sin cierto énfasis.

— Padre —contesté yo sin severidad, pero no sin ironía—, Padre y tío mío: ese hombre no es buen escritor. Esto se lo digo, no por haberlo leído, sino por oídas. Pero de lo que sí estoy seguro es de que no es buena persona. O, en todo caso, buen gobernador.

— Sobrino —repuso éste—, dejemos de lado lo de escritor, pues aunque ese aspecto de la vida de ese señor entra de lleno bajo el dominio de mi ministerio, es lo cierto que por aquí nadie lo lee. Y siendo así, allá se las arreglen con esta cuestión aquéllos a quienes el olor del desaguisado molesta la respiración. En cuanto a sus virtudes, en tanto que gobernador, obligados nos vemos a reconocer que en estos momentos todo va manga por hombro y que sin severidad no hay orden posible.

— Tío mío, piense en el cielo y en si Dios le está oyendo en este momento. Le digo lo que dicho queda, no con el propósito de ofenderle, sino porque me duele en el alma haber hecho veinte o treinta kilómetros con el deseo de rendir visita al santo y encontrarme ahora en presencia de un hombre ni más ni menos como los otros.

— Sobrino: En la plaza, tú te conduces en torero; en la calle, en uno más. Divino, yo hago cuanto puedo por serlo en la iglesia. Mi ministerio es sagrado como sagrada es tu vocación de torero en la plaza. Pero tú, fuera del ruedo, y yo, fuera de la iglesia, ¿qué somos sino simples miembros de un cuerpo que poco a poco va siendo invadido por la gangrena del desorden y de la anarquía?. Y puesto que ese desorden el contrario tanto a tu vocación como a mi ministerio, ¿por qué no proclamarlo? ¿Y cómo proclamarlo sin sostener, siquiera moralmente, al cirujano que, bisturí en mano, está ocupado en cortar los miembros ya dañados de nuestro propio cuerpo?

— Tío, ¿por qué cortar y cortar miembros y más miembros sin emplearse a suprimir las causas originarias del mal que a nuestro cuerpo aqueja equivaldría a descuartizar el cuerpo enteramente, es decir, a matarlo sin por ello haber suprimido la gangrena?.

— Perdona, sobrino, pero he de confesarte que tu forma de razonar me escapa. Perseguir y si necesario suprimir al agitador, creo yo que equivale a suprimir la agitación.

— Pero si la agitación es justa, suprimir el agitador es un crimen.

La hermosa mirada de ave carnicera y sensual que embellecía el rostro macho de mi buen párroco se detuvo el espacio de unos segundos sobre la mía, ya invadida por una llama pasional no agresiva, sino toda amor hacia mi pueblo mártir y hacia su eterna verdad eternamente ahogada en sangre.

— Ahora ya comprendo —habló con voz concentrada mi tío, y continuó—. Pero, no importa. Somos parientes y yo te admiro por tu valentía y por tu arte. ¿Quieres que hagamos un trato?

— Diga, padre, diga.

— Por ejemplo, que dejemos de lado todo aquello que pueda ser motivo de desacuerdo entre nosotros para no retener más que aquello que ha de contribuir a hacernos cada vez más amigos e íntimos.

— Desde luego. Prometido queda.

— Gracias, sobrino —murmuró el cura con voz grave.

Pero, en aquel momento, dejóse oír en el corredor un ruido infernal. El fuerte chirrión de la madera cuando se desagrega seguido de un taconeo fuerte sobre las tablas del suelo. Tanto mi tío como yo salimos precipitadamente hacia el corredor. Sorprendidos, nos encontramos con mi hermosa yegua quien, cansada de esperarme fuera, había tomado la resolución de derribar la puerta de entrada y venir a mi encuentro. Y en tanto yo la hacía retroceder como podía para hacerla salir, mi tío, malhumorado en apariencia, salía diciendo que era la hora de encaminarse a la iglesia y que ya nos veríamos más tarde.

Yo me entregué a acomodar mi jaca en la cuadra, donde ya se encontraba el mulo que servía de vehículo a mi tío en sus correrías de parroquia en falda, de falda en banquete. En aquel momento se presentó Remedicos, quien al ver la puerta en tan lamentable estado se limitó a decir con honda filosofía:

— Cien de su casta antes que una de la nuestra, que de una puerta vieja se puede hacer una nueva y de una vieja como yo sólo un cadáver puede hacer Dios.

Y, de pronto, ligera, casi alada, se puso Remedios a llenar una espuerta de paja y de cebada que, seguidamente, sirvió a mi caballo.

— Muy bien, señora Remedios, que viendo estoy que sus acciones se armonizan que ni que mejor con sus palabras —dije yo felicitándola por lo que acabada de decir y por lo que estaba haciendo.

— Antinillo... ¿No es así como te llamas? — me preguntó la vieja cuando hubo terminado de dar de comer al caballo.

— Antino, sí, señora.

— Entonces ¿por qué has cambiado de nombre?

— Es que ahora soy torero.

— ¡Torero! ¡Qué cosas más raras! De un hombre que se hace cura, hacemos un Padre. Un torero, puede romper su partida de bautismo y permitirse el lujo de cambiar de nombre. Sólo hay libertad y bienestar para los curas y para los toreros. Los unos, porque engañan y matan al toro. Los otros porque emboban al pueblo. Dios me perdone, pero eso no está bien. Todo el bienestar para toreros y curas.

— También lo hay para los ricos, los generales y para los gobernantes.

— ¡Ah, los pobres, señora Remedios, yo creo que suben al cielo! ¿Es que no se lo tiene oído a mi tío?

— ¡Ah, que tunante!... Y no creas que es que no lo quiera, que lo quiero como a un hijo. Pero cuando lo veo hacer lo contrario de lo que él mismo dice que Dios manda...

— Pues no parece malo.

— Malicioso, sí. Y prendado de todo lo bueno. Lo malo, para el gato que es el pobre. Andando. A la mesa, que tu pienso está servido desde mucho antes que el del penco de tu caballo.

Y Remedios, se puso a trotar delante de mí con tanto arresto y aire de mal genio, que hube de esforzarme por no soltar la carcajada.

— Claro que a nadie le amarga un dulce — volvió a decir Remedios colocada frente a mí — en tanto yo comía con apetito, sus manos debajo del delantal, viva la mirada, sumida su boca sin dientes y el mentón respingado como si esperara impaciente la caída de la gotita húmeda que temblaba en la punta de la nariz.

— La tentación de las buenas cosas es propia del ser humano — dejé escapar yo.

— ¿Acaso el cura es un ser humano para ti? Para mí, no.

— ¡Cómo! ¿Acaso el cura no es hijo de una madre y de un padre como usted y como yo?

— También lo era Jesús.

— Sin duda.

— Y era, no humano, sino divino.

— Divino por su sacrificio. Humano por su origen.

— ¡Vaya, que no comprendo!

— Quiero decir que para alcanzar la divinidad hay que ser muy bueno y sufrir por todos, en nombre de todos los seres. La divinidad es don y una vocación. Puede ser que sea ya divino al nacer, pero al mundo todos venimos por el mismo procedimiento y de la misma manera. Yo creo que si no hay parto sin dolor ni sangre, tampoco hay concepción sin pecado. Es decir, sin placer — me decía yo a mí mismo mejor que contestar a la cuestión de Remedios.

— ¡No digas que yo sólo veo sufrimiento en el pobre!

— Es decir : en Jesús. En el divino.

— Lo que yo pienso es que nadie está más obligado a sufrir que don Justo.

— Don Justo debe de sufrir también, pero sin lamentos, en silencio y alma adentro.

— ¿Don Justo? ¡Ja, ja, ja! ¡Pues si es como tu padre!

— ¿Como pi padre?

— Igualito. Como si el mismo perro los hubiese vomitado a los dos. Unicamente que tu padre era generoso y que no era cura. Pero, para las faldas y para jugarse el dinero... Bueno, tu padre era bueno y tenía los bolsillos rotos. A su lado, había pobres. Don Justo, no es así. Es agarrado y antes entregaría su alma al demonio que su bolsa al necesitado. Pero, lo que es ser enamoradizo y juerguista... ¡Ay... pero si me doy cuenta de que estoy blasfemando! — terminó con un hondo gemido Remedios.

— Decir la verdad, no es blasfemia.

— Es lo que yo digo, pero tu tío se ha encaprichado en que decir la verdad es ofender a Dios — y guardando silencio un momento volvió a decir en tanto se santiguaba y se disponía a salir —. ¿Y quién sabe si tiene razón? El está más al tanto que nosotros de todos estos rompecabezas y líos, ¿no te parece?

Y Remedios desapareció dando saltitos y recitando entre dientes alguna letanía de su invención.

Por qué fuiste al Parnaso
A cantar tu amor
Si roto al fin el encanto
Sólo nos queda el dolor?
¡Anda, Dorotea,
Quítate las enaguas
Para ver de qué pie cojeas!

Cunado por la voz femenina que lentamente iba desgranando las antes indicadas notas, me sentía pasar poco a poco del dulce sueño a la triste realidad; cuando abrí los ojos, Diego Dieguito, vuelto de espaldas a mí, estaba muy ocupado en cambiar su vestido de hombre por los chillones y floridos de mujer mora. Y no obstante la ligereza con que tan singular transformación de su persona, su hermoso rostro de efebo imberbe rebosaba de alegría. Y como era costumbre en él cuando se sentía poseído por honda agitación interior, saltaba de refranillo en refranillo, cantando con voz melodiosa y perfecto acento femenino. Y a medida que se consumaba su transformación externa de sexo, su vocabulario sufría también una cierta metamorfosis hasta devenir una mezcla de español y árabe tan pintoresca que era motivo de risa para cuantos lo escuchaban. Pero, en esta ocasión, la presencia de Diego Dieguito, ocupado en transformarse en niña mora, me sobrecogió hasta el punto de hacerme saltar fuera del lecho y colocarme frente a él.

— ¿De donde sales tú? — le pregunté mas sobresaltado que indignado.

— De donde tú : de Málaga — repuso él reposadamente y dirigiéndome una de aquellas miradas puras y acariciadoras que eran uno de los mayores encantos de Niña Mora.

— Apuesto a que has venido para... — volví a insistir yo sin osar terminar la frase.

— Eso no se pregunta. El « Marrajo » ya valía el sacrificio de un anzuelo y hasta el calvario de una larga caminata.

— Dieguito — dije con voz muy queda.

— Habla, Antino — repuso éste sin alterar su voz y si ncesar de acicalarse.

— ¿Ya está hecho?

— Sí, ya.

— Eso no es posible. ¿Matado?

— Una, en la frente, entre ceja y ceja; otra, en el corazón, en el lado izquierdo — decía Diego Dieguito colocado frente al espejo y contemplándose detenidamente.

— No te apruebo, ¡ea!... Pero ¿cómo has podido escapar

— Mal, eso sí. Me he visto obligado a modificar la última parte de mi plan. Mi propósito era el de perderme corriendo por esos montes. No ha podido ser. En pleno día. Claro, ya sé, tenía que esperar a que fuera casi de noche. Entre dos luces, cuando todos los lobos son pardos y la gente ciega. Pero, la ocasión. El « Marrajo » se puso a tiro. Lo que me fastidia es la gente. En vez de alejarse en silencio, como si nada, se pone a correr, gritar y llorar. No, la cosa no ha salido tan bien como previsto. Ha habido tiroteo, mujeres desmayadas y llantos de niños. Eso me fastidia. Sobre todo el haberme visto obligado a escabullirme por calles y callejas para finalmente refugiarme aquí. Claro que de haber sabido que tu te encontrabas en est acasa, ya me habría guardado de meter los pies en ella. No vayas a creer que hubo cálculo en mí. Solamente, al ver la casa en silencio, pensé que posiblemente estaba vacía y me decidí a entrar para cambiar de indumentaria. Ahora ya está hecho. Dime si estoy fea, feísima. Guapa, guapísima — terminó diciendo Diego Dieguito cubriéndose su rostro.

— ¿Adonde piensas ir ahora, Dieguito?

— A Málaga.

— ¿A pie y a estas horas?

— No. A pata y andando.

— ¿Y si te detienen?

— Vivo, no creo. Hasta la vista, Antino.

Un momento después vi a Diego Dieguito alejarse río abajo. La noche estaba cercana. Las sombras ya empezaban su despliegue para tomar posesión de la tierra. En mi pensamiento, un ser : Diego Dieguito, sombra y luz a un tiempo.

La doble personalidad de Diego Dieguito databa ya de algún tiempo y ello ocurrió de manera fortuita e impremeditada. En cierta ocasión y en una de sus correrías marinas, que eran frecuentes, éste había encontrado en

alta mar un barquito de pesca navegando a la deriva y al parecer abandonado. Siempre intrépido, aventurero y curioso, Diego Dieguito, mitad contrabandista, mitad pirata, abordó la enclenque embarcación y grande fue su sorpresa al no en encontrar dentro otra presencia humana que la de una joven mora, bella como el propio sol extendida sobre cubierta, sin vida. Aquella descubierta trágica y fortuita vino a cambiar el destino de un joven mancebo en cuyo pecho una infancia trágica había hecho germinar el resentimiento y el odio. Aquella morita sin vida perdida en medio del Mediterráneo y vogando sin rumbo a merced de las olas, no era otra que su propia hermana Vitorina. Diego Dieguito, juraba haberla reconocido apenas la vió, no obstante no haber encontrado en su poder otros justificantes que una simple ficha de casa de prostitución con el nombre de Niña Mora y el número 15 en uno de los ángulos de la ficha. Si el fuego interno que devoraba el alma rebelde de Diego Dieguito, andaba escaso de combustible para hacer llamear la fogata del odio, esta descubierta llegaba a punto. Atando la barca con el cadáver de su hermana dentro a la popa de su barquito pirata, se dirigió hacia la costa española. Siempre amparado por las piadosas sombras de la noche, dio sepultura a su hermanita, poniendo celoso cuidado en enterrarla en lugar solitario, al pie de una colina, cerca de una higuera gigantesca donde el ruiseñor canta y los jilgueros suelen hacer su nido. Paca después compró el pedazo de tierra donde yacía enterrada la inocente Vitorina, hizo una galería larga y profunda como un túnel al pie de la colina. Cuando encontró el agua se entregó con abnegación a construir una casita tan diminuta como encantadora y plantó rosales, claveles, orégano, lirios y tomillos sobre la sepultura. Luego, trasformado él mismo en Niña Mora, se marchó a Argelia y Marruecos para poner en claro el triste drama y trágico fin de su hermana. Como que el misterio que a tal drama envolvía era casi impenetrable, Diego Dieguito se volvió sombrío, malhumorado y agresivo. En la imposibilidad de vengar a su hermana, se convirtió en el « vengador » de todos los oprimidos y de todas las víctimas de una sociedad cuya regla de conducta es la injusticia, la crueldad y la hipocresía. Dotado por la naturaleza de un rostro adorable y perfectamente femenino, su doble personalidad le venía como anillo al dedo para la realización de sus terribles proyectos. Emperifollado con los ropajes de sultana mora, canastilla repleta de baratijas relucientes de origen árabe, pronto devino un encanto más en la encantadora Andalucía. Y, como ocurre siempre, una leyenda tomó cuerpo en torno a su persona. Pronto su belleza y su gracia la hizo adoptar por la región. Las mujeres por curiosidad y los hombres por deseo, todos buscaban su contacto y se sentían orgullosos de recibirla en sus casas. Bajo la apariencia de Niña Mora, Diego marchaba por sobre alfombras de rosas y de laureles. La cosa cambiaba de aspecto cuando Niña Mora se esfumaba para dejar paso al propio Diego Dieguito.

Entonces, el muy bello y encantador rostro de la arabesca, se trocaba en cara cuyos trazos eran destellos de severidad serena, pero tenaz y persistente. Mas donde el cambio devenía más revelador y trágico, era en la mirada. Si quien miraba, era Niña Mora, nada más cálido y acariciador que aquella mirada. Pero cuando era Diego Dieguito, nada más penetrante y frío. Fría como la venganza premeditada. Fría, como la muerte. Destellos que se dirían de llama ardiente y eran en realidad penachos de frío hielo. Diego Dieguito lo había previsto todo. Sus cómplices eran muy contados, pero seguros. Sus domicilios eran múltiples y estratégicamente situados, generalmente en callejas poco frecuentadas o casitas con dos entradas y dos salidas, de manera que por la una entrara Diego Dieguito para salir por la otra convertido en Niña Mora. Tales extratagemas, unidas al fino instinto y natural inteligencia hacían a Diego Dieguito casi invulnerable. Contrabandista, pirata, atracador y terrorista, mi joven amigo era la resultante fatal y el fruto de una sociedad que se place en sembrar vientos y se indigna cuando la tempestad ruge...

Diego Dieguito era una más de tantas y tantas perlas de noble brillo, oro puro, como en España yacen sepultadas en cieno. Cieno que, en lenguaje ibérico quiere decir pobreza, injusticia y servidumbre. Si un día, el correr del tiempo, que tantas metamorfosis suele operar, deparare a mi país la dicha grande de ser feliz y culto y al hombre ibérico la facultad de convertir en realidad los nobles sueños que en su alma palpitan, el mundo asistiría a cosas maravillosas. No pretendo significar con esto que el español vaya a revolucionar el mundo científicamente porque creo que está mejor dotado en sentimientos que en instrucción. Pero sí que, a la larga, acabe por brindar al mundo un panorama social y humano superior. Un modo de conveniencia fundamentado, no sobre bases egoísticas sino fraternas y solidarias. Un orden de cosas fundamentado sobre bases éticas. Una ética nacida del corazón, como del corazón brotan las impulsiones de la madre para con el hijo. Ese mundo, el español, está llamado a crearlo porque nadie como él ha sabido resistir al orden actual universal fundamentado sobre la hipocresía y la crueldad. Porque nadie como él ha sabido oponerse a los terribles extragos de la civilización sin por ello sumergirse en la noche de la barbarie. Porque nadie como él ha sabido oponerse a la degradación ascendente de la personalidad humana sumergida por la crueldad del progreso mal orientado y del mecanismo industrial puesto al servicio de unos cuantos privilegiados. Y, sobre todo, porque ha sabido decir no a cuanto de monstruosamente inhumano nos brinda la civilización, sin por ello cesar de asimilar cuanto ésta nos brinda de noble y de justo. España es como si dijéramos un término medio entre el fuego de los trópicos y los hielos del polo norte. Es decir: entre dos extremos igualmente crueles si no negativos. Así el español ha sabido conservar las nobles virtudes normalíticas del clan sin por ello dejar de escapar al instinto brutal del hombre primitivo. Acepta de la civilización cuanto ésta le brinda de óptimo y de creador, pero la maldice y la combate en todo cuanto ella comporta de atentatorio para el hombre y su natural condición.

El mundo es todo razón, todo corazón. El mundo piensa. España siente. El mundo sublimiza la materia. España idolatra el amor. El mundo es el diablo libre y desenfrenado. España, cautiva pero invencible e insobornable.

Veremos quién a la larga
Sale vencedor venciendo,
Si el fusil segando vidas,
Si España rebeldes pariendo.

Porque el problema es ése : la incompatibilidad del español para su medio. De ahí, su permanente rebeldía, su descontento, su insatisfacción y su abnegado e inútil combate. Todas las formas de gobierno le son extrañas, repelentes, odiosas. La democrática, por lo que tiene de hipó-

crita, por la solemne mentira que resultan sus teóricos preceptos de igualdad, libertad, fraternidad totalitaria y estatista, por su desconocimiento absoluto del individuo y de la individualidad.

En este preciso momento de mi demencial soliloquio, apareció « seña » Remedicos, quien vino a mi encuentro, colocándose junto a la ventana, sofocada y llorando.

— No es posible — gemía —. No, señor, no es posible. Vamos, apuesto la cabeza a que no adivina.

— ¿Quizás un temblor de tierra. O que al fin va a llover o, al menos que no sea el nuevo milagro de la virgen, que todo el mundo espera?

Pero Remedicos estaba demasiado nerviosa para escucharme a mí. Su cuerpo, alto y menudo estaba invadido por un temblor intermitente, pero creciente. Y sus ojillos de ratonzuelo, picarescos y vivarachos, estaban ahora llenos de lágrimas y de espanto. Viéndola agitada, pensé en si Diego Dieguito al suprimir al gobernador, no había herido de muerte a tan inocente y noble doncella.

— Luego dicen... Hacerle eso al gobernador... ¡ Pan ! ¡ Pan !... Una, en la frente. La otra en el corazón. Y yo, en la iglesia. Y don Justo también. Y fuera gritos y tiros. Y la gente que entra, corriendo y gritando, en la iglesia : «¡Padre, Padre, que han matado al gobernador!».

Guardando silencio, Remedicos se pone a ir y a venir de un extremo al otro de la habitación. Su mirada, seca ahora, se ha agrandado invadida por el espanto y mira con manifiesto temor en torno, registrándolo todo.

— ¿Pues es que no sabe lo mejor? — me grita fuerte.

— ¿Lo mejor o peor? Remedicos.

— Es que hay quien jura haber visto al asesino refugiarse en esta casa.

— Tonterías.

— ¿Cómo tonterías? Pues si son los vecinos quienes lo han visto. Un hombre joven con sombrero y traje gris, dicen los vecinos.

— ¿Por qué no van a comunicarlo a las autoridades?

— Claro que si que han ido. Y gracias a Dios que van a venir. Y don Justo también porque de lo contrario, yo me voy corriendo.

Y Remedicos tuvo una crisis de histérico terror.

— ¡Socorro!... ¡Asesino!... ¡Que me matan! — gritaba mientras corría corredor adelante hasta perderse en el interior de la grand ecasa.

Yo salí a la puerta de la casa, desde donde dominaba la calle que partiendo del río iba a terminarse con el pueblo allá arriba, a medio camino de la alta cordillera que servía de corona a Cañizal. La hora, era íntima, silenciosa y tan calma. Ya el sol había desaparecido de la majestuosa coronilla maciza de la montaña y el pueblo convertíase a manera de negro velo extendido sobre la sabana gris del contorno. Es en esta hora suprema cuando Andalucía es toda murmuro amoroso, súplica de besos y de caricias, hembra amorosa que ofrendándose suplica el don de la posesión íntima y cálida. En esta hora es cuando los labriegos vuelven del campo en cuadrilla, concentrados y cansinos, los unos, canturrientos y dicharacheros los más. El día fue un suplicio. Golpear sobre la tierra de sol a sol. La recompensa, fue enana. Apenas lo suficiente para no caer de inanición. La tierra es pródiga. El clima, siempre amoroso. Pero, la vida es perra. ¡Tan perra! Para olvidar que es indigna de vivirla, suge entonces una plegaria. Mil fandanguillos surgen de pronto, como otros tantos clamores al encuentro del cielo, de mil bocas de parias. Los olivares y almendrales, los algarrobos y las higueras, y los viñedos y los naranjos y limoneros al lado del riachuelo, junto a la fuente, todo parece ahora rogar por la vida y por el amor. El sueño, será corto. El insomnio es eterno. Fingir cantar cuando en realidad se llora, es don exclusivo del agro andaluz. Bien sé que también cantan llorando villas y ciudades y toda España. Pero ese clamor de amor y de vida en llanto, no pudo nacer más que en los campos de luz y de miseria de Andalucía.

Un ruido de pasos y de palabras me hizo aguzar la mirada. A relativa distancia, descubrí a don Justo y dos parejas de la Benemérita, que venían hacia la casa, marchando con cierta precipitación, como si el tiempo fuera oro para ellos en aquel preciso momento. Entonces, una resolución respondió a la inquietud que me embargaba. La inquietud me la ocasionaba el temor de ver caer Niña Mora entre las manos de la justicia. Este acontecimiento me pareció perfectamente realizable y casi lógico, pero inadmisible para mí. Diego Dieguito « el vengador » era demasiado joven y noble como para que yo permitiera su captura y sacrificio sin intentar nada para evitarlo de mi parte. Colocándome entre el espacio libre que separaba la vieja casona de los corrales y cuadras, simulando ocultarme, pero en realidad haciendo lo posible por ser visto, esperé a que el cura y la guardia civil estuvieran lo bastante cerca de mí como para poder verme. Pronto los tuve a algunos pasos de mí y oí a don Justo que decía :

— Como en estos tiempos que corren todo es posible, nada me extrañaría que el asesino haya elegido esta santa casa como guarida. Sin embargo... — arguyó el buen cura dubitativo y sin osar terminar la frase.

Y como viera yo que ya se disponían a entrar en casa sin parar mientes en mi persona, dí un fuerte salto para hacer ruido. Entonces vi que los guardias se volvían con cierta precipitación y como asustados ellos mismos.

— ¿Quién va? — gritaron cuatro voces a un tiempo.

Sin contestar, me lancé yo corriendo a través de los campos y amparados por la ya casi completa oscuridad. A mi encuentro vinieron varias descargas de mosquetón, en tanto el encantador mutismo de la hora quedaba roto por los broncos gritos y el loco correr de mis perseguidores. Mi deseo se realizaba. Diego Dieguito estaba fuera de peligro.

IBER SISIFO

(Continuará.)

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine). — Le Gérant E. Guillemau, Toulouse Hte. Gne.

TEXTOS DE AYER Y DE HOY

Toros y público

El doctor Ruiz movió la cabeza tristemente. A más la herida atroz e incurable, el torero había recibido una conmoción tremenda con el cabezazo del toro. No respiraba.

—¡Doctor..., doctor! —gimió el banderillero, suplicando por saber la verdad.

Y el doctor, tras largo silencio, volvió a mover la cabeza.

—¡Se acabó, Sebastián!... Puedes buscarte otro matador.

El Nacional levantó sus ojos a lo alto. ¡Y así acababa un hombre como aquél, sin poder estrechar la mano de los amigos, sin decir una palabra, repentinamente, como un mísero conejo a quien golpean en la nuca!...

La desesperación le hizo salir de la enfermería. ¡Ay, él no podía ver aquello! El no era como **Potaje,** que permanecía inmóvil y ceñudo, a los pies de la cama, contemplando el cadáver como si no lo viese, mientras hacía el castoreño entre los dedos.

Iba a llorar como un niño. Su pecho jadeaba de angustia, mientras sus ojos se le hinchaban a impulsos de las lágrimas.

En el patio tuvo que apartarse para dejar paso a los picadores que volvían del redondel.

La terrible nueva comenzaba a circular por la plaza. ¡Gallardo había muerto!... Unos dudaban de la veracidad de la noticia, otros dábanla por cierta; pero ninguno se movía del asiento. Iban a soltar el tercer toro. Aún estaba la corrida en su primera mitad, y no era cosa de renunciar a ella.

Por la puerta del redondel llegaban el rumor de la muchedumbre y el sonido de la música.

El banderillero sintió nacer en su pensamiento un odio feroz por todo lo que le rodeaba, una aversión a su oficio y al público que lo mantenía. Danzaban en su memoria las sonoras palabras con que hacía reír a las gentes, encontrando ahora en ellas una nueva expresión de justicia.

Pensó en el toro, al que arrastraban por la arena en aquel momento con el cuello carbonizado y sanguinolento, rígidas las patas y unos ojos vidriosos que miraban al espacio azul como miran los muertos.

Luego vio con la imaginación al amigo que estaba a pocos pasos de él, al otro lado de una pared de ladrillos, también inmóvil, con las extremidades rígidas, la camisa sobre el pecho, el vientre abierto y un resplandor mate y misterioso entre las pestañas cruzadas.

¡Pobre toro! ¡Pobre espada!... De pronto, el circo rumoroso, lanzó un alarido saludando la continuación del espectáculo. El **Nacional** cerró los ojos y apretó los puños.

Rugía la fiera: la verdadera, la única.

BLASCO IBAÑEZ: «Sangre y Arena.»

A todos los amantes de la cultura

Un grupo de estudiantes de París, Toulouse y Burdeos, se proponen editar un folleto de poesías del joven poeta madrileño Angel Santiago. Se titulará «Castilla la nuestra», y será prologado por Blas de Otero, de gran renombre ya.

El precio del ejemplar será de 2 F, céntimo más o menos.

Pero para que la edición pueda llevarse a cabo se necesita cierta cantidad de compromisarios, que, sin que tengan que adelantar el dinero se comprometan a la adquisición del folleto en cuanto aparezca.

Para suscribirse dirigirse a una de las direcciones siguientes: M. Etienne Roda, Résidence des Près, P. C. 15 - Antony (Seine). Mlle Mercedes Celma, 8, place Danloup - Toulouse (H.-G.).

Repetimos: No enviad dinero. El pago se efectuará después de recibir el folleto.